

CHM

Nº 9 - Junio 2015

Especial Aniversario

Bombi & Charlie
Carlos del Barrio
Martius Coronado
Tamara Díaz
Galielón
JJ Hernández
Félix Jaime
Mc Encinas
Carmen Membrilla
Alberto Miguel
Mercedes Pinto
David J. Skinner
Jorge Urreta

La revista que
no encontrarás
en ningún
kiosco



...por algo
será



De haberla leído,
Gutenberg se ha-
bría dedicado a la
cría del somormujo





Número 9 – Junio de 2015

Especial Aniversario

DIRECTOR:
Eustaquio T-Rex

EDITA:
Charmer Productions
Madrid

© Charmers & Charmers, 2015

Página/Total / Búsqueda de texto / Pantalla completa
Des/activa miniaturas / Vista de 2 ó 1 página

Podemos visualizar la revista en dos página tipo flip (se pasan como si fueran de papel haciendo click en la flecha al margen y podemos moverlos con el puntero por el texto) o en una sola. En este último caso, las páginas se pasan con dos flechas que aparecen a la izquierda del numerador de páginas, y el texto avanza con otra que apunta hacia abajo. Puede variarse el tamaño con dos lupas con los signos + y - grabados.

En modo pantalla completa aparece esta barra de navegación (la lupa y el botón de vista de 2 ó 1 página funcionan igual que arriba)

Zoom Botones de pg.alante/atrás Compartir o descargar

EN ESTE NÚMERO:

Editorial.....3

Mercedes Pinto: *Una muñeca con gafas de sol*.....5

Charlie Charmer: *Plumas al viento*7

Alberto Miguel: *Quién fuera*16

Martius Coronado: *El mal*18

Mc Encinas: *Un mundo por descubrir*23

David J. Skinner: *Por pura casualidad*.....24

Galielón: *Birthmarkt.2*28

Tamara Díaz: *El baile de máscaras*.....48

Carmen Membrilla: *En el punto de mira*.....53

Juan Jesús Hernández: *Abducción*55

Jorge Urreta: *Últimas palabras*.....60

Carlos del B.: *Las ancianas en la cola del supermercado*62

Felix Jaime Cortés: *El instante eterno*.....64

Bombi Charmer: *San Jorge y el T-dragón*.....70



* Silly Roger avisa: si te has bajado esta revista de tantos nidos de piratas como pueblan la red, te han tomado el pelo. Son webs con software malicioso y publicidad que, a menudo, te obligan a registrarte o dar un nº de móvil para bajarte una revista que sus creadores te ofrecen gratis, sin publicidad ni registros, en un entorno seguro: <http://issuu.com/chorradamensual>

© CHM es una revista gratuita y sin ánimo de lucro, cuyo único fin es promocionar a los autores que publica. Las obras que aparecen en CHM son propiedad de éstos, únicos responsables de su contenido. La revista no se identifica necesariamente con sus opiniones individuales. Se permite el enlace electrónico a la publicación y las citas sin alterar e indicando el autor y esta revista como fuente.

Envíanos tus colaboraciones, críticas o comentarios a: chorradamensual@gmail.com



<https://twitter.com/chorradamensual>



<https://facebook.com/chorradamensual>



Editorial

Eustaquio T.Rex

No es frecuente que una publicación *amateur* llegue a cumplir un año. En nuestro caso, somos conscientes de que esto se debe al apoyo constante e incondicional de fantásticos colaboradores y lectores a los que nunca estaremos suficientemente agradecidos, por lo que hemos querido dedicaros a ambos este número especial.

En las páginas que seguirán te presentaremos a los valiosos literatos cuyas carreras hemos hundido en los últimos doce meses. Por algún extraño motivo, la gran mayoría de ellos han repetido e incluso algunos varias veces. Seguramente, la razón sea la misma que hace disfrutar a algunas personas enfundándose en trajes de cuero negro para ser azotados con mimo por su *dominatrix* favorita o el Grey de turno. Hemos querido que todos estuvieran presentes en este número especial y su respuesta, como siempre, ha sido unánimemente espléndida, adjetivo que debe entenderse aquí en su doble acepción: desprendida y excelente.

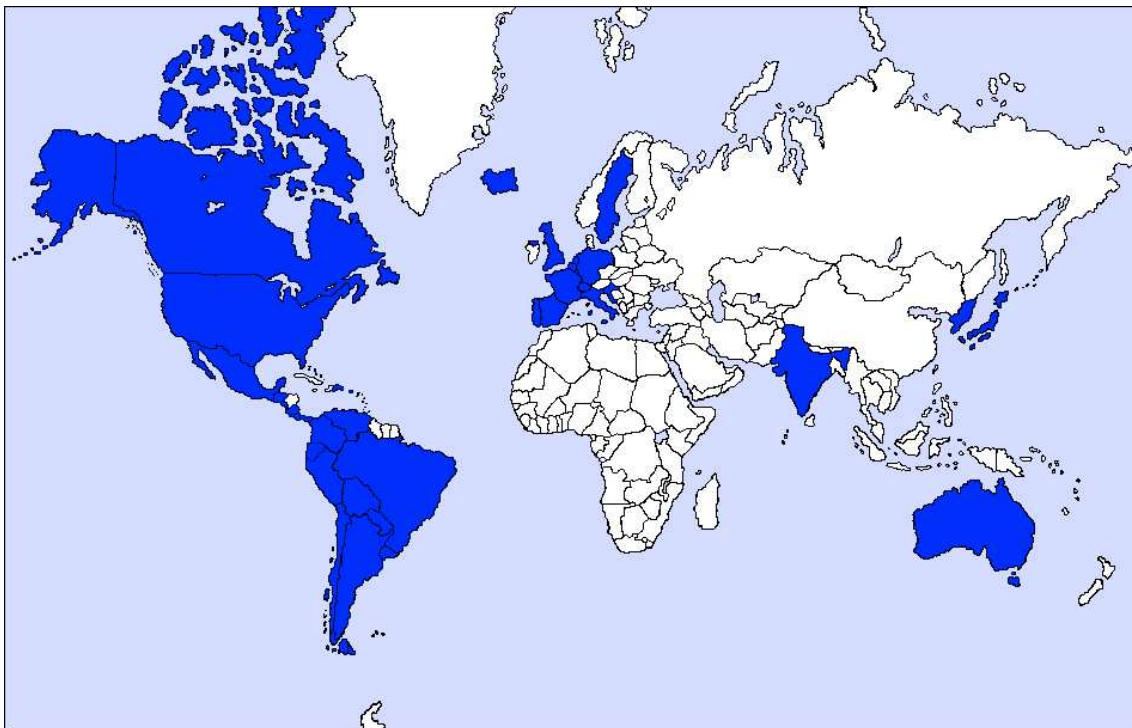
Para redondear la antología, les hemos pedido el esfuerzo suplementario de remitirnos una breve biografía literaria que incluimos al final de sus relatos, donde también encontraréis los otros números de nuestra –vuestra– revista donde podéis encontrar sus restantes colaboraciones. Sabemos que a nadie le gusta hablar de sí mismo, tarea harto desagradable y penosa, pero de nuevo la generosidad fue su única respuesta e incluso alguno nos envió su autobiografía en varios volúmenes que, por razones de espacio, hemos debido desechar muy a nuestro pesar. Pese a la modestia infinita que caracteriza a cualquier artista, estamos convencidos de que ninguno de nuestros autores se molestará si entráis en sus blogs/webs o les mandáis un correo mostrando vuestro aprecio y/o pedidos de sus libros. Si sois editores y estáis pensando en el nuevo lanzamiento que necesitáis para impulsar alguna línea editorial, nos hacemos cargo de que *CHM* es un valor seguro para la caza de nuevos talentos y no nos ofenderá que echéis las redes en nuestras aguas.

En cuanto a los más de 26.000 amigos (sin contar al público de webs piratas que, obviamente, no nos facilitan estadísticas de lectura) que ya nos habéis leído desde todos los rincones del globo –mapa en página 4–, puesto que nos saldría muy caro asumir el gasto psicológico que el trauma os haya podido ocasionar, permitid al menos que os ofrezcamos en compensación este número con lo peor de nosotros mismos. Es lo menos que podíamos hacer, dadas las circunstancias. Lamentamos mucho todas las molestias que os hemos causado y confiamos en que sigáis ahí los próximos doce meses aguantando nuestras *chorradas*. A fin de cuentas, ahora solo os damos la coña una vez cada tres meses.



La redacción de CHM

(de izquierda a derecha: Bombi, Galielón, Eustaquio y Charlie)



CHM en el mundo

Queremos concluir con un recuerdo muy especial para todos los expatriados, entre los que se cuentan muchos de nuestros lectores y algunos de nuestros autores. Parece que aquí empiezan a cambiar las cosas, ojalá podamos contar pronto de nuevo con vuestra presencia en casa.

UNA MUÑECA CON GAFAS DE SOL

Mercedes Pinto

Su muñeca volvió a casa hacía ya dieciocho años, once meses después de casarse, con el vientre lleno de esperanza y el corazón desolado.

—Se acabó, papá —le dijo con los ojos llenos de moratones y lágrimas, detrás de las gafas de sol que tanto odiaba él—. No volveré, mi hijo tiene derecho a ser feliz —Y se acarició la tripa.

Consiguieron una orden de alejamiento y todo pareció volver a la normalidad. Tomás y María colmaron a su hija de cariño y protección, y compraron mil cosas para preparar la llegada del pequeño, al que llamarían como su abuelo. Pero aquel indeseable la vigilaba, sabía que esperaba un hijo suyo.

Siete años tenía Tomasito cuando un día la muñeca se sentó a la mesa con aquellas horribles gafas de sol. Nadie dijo una sola palabra durante el almuerzo; el silencio dolía. Antes de que cayera la noche, Tomás salió a dar su paseo de costumbre, pero esta vez llevaba un arma mortal en el bolsillo.

Llamó a su puerta y, antes de que pudiera parpadear, le pegó dos tiros en el pecho. Solo pensaba en la felicidad de su hija y su nieto; en que no volvieran a sentir miedo cuando salían a la calle o sonaba el timbre. Solo quería que su muñeca no volviera a ponerse las gafas que escondían los golpes. El verdugo quedó tirado en el umbral y él se dirigió a la comisaría más cercana a confesar su crimen, con la cabeza alta y la satisfacción en el rostro.

Le cayeron veinte años por intento de asesinato con toda la alevosía y premeditación que reunió en su ser. Sí, por intento, porque aquella mala bestia, después de tres meses en el hospital, consiguió salvar la vida para poder seguir arruinando las de su muñeca y el pequeño.

No le dolían las alambradas, ni las rejas, vivía preso, pero de su propio mundo: solo pensaba que él estaba encerrado y no podía hacer ya nada para liberar a los que más amaba del peor de los carceleros. Su hija y su esposa lo visitaban cada semana y le contaban cómo crecía el pequeño Tomás. Se moría por verlo, pero prohibió a su muñeca que lo llevara. A veces solo aparecía María, con la excusa de que la niña había tenido que ir al médico o a gestionar alguna cuestión ineludible. Él estudiaba cada gesto de su mujer, cada palabra... sabía que había algo más.

Once años llevaba preso. Aquel día, se sentó en el comedor a la una de la tarde, como siempre, con la mirada perdida, entre centenares de internos, pero en la más absoluta soledad. Sintió que alguien tocaba su hombro. Con desidia, giró la cabeza:

—¿Puedo sentarme contigo? —le dijo un joven preso, nuevo en el centro penitenciario.

—¡Eres tú! Qué mayor... estás, eres ya un hombre —le habló con la voz quebrada, casi sollozando—. ¿Qué haces aquí, Tomasito? ¿Qué has hecho, hijo?

Se levantó y se colgó del cuello de su nieto sollozando. Cuando hubo terminado, y Tomasito pudo desprenderse de él, le puso sobre una mano las malditas gafas de sol.

—Lo he hecho, abuelo, se acabó por fin, ya no las necesitará más.

MERCEDES PINTO MALDONADO



Nací en Granada, allá por los años sesenta, aunque resido en Málaga desde hace años. Estoy casada y tengo tres hijos. Estudié medicina en las facultades de Granada y Málaga, pero lo dejé para dedicarme de lleno a la pintura y a la literatura. Con varias exposiciones de pintura en mi haber, finalmente me decanté por la literatura, porque es la disciplina artística en la que más cómoda me siento y en la que mejor me expreso.

Tengo cuatro libros publicados con «Ediciones B» con su línea digital «B de Ebooks»: *El talento de Nano* (novela juvenil), *La última vuelta del scaife* (novela histórica), *Maldita* (novela trágico romántica ambientada en los años cincuenta) y *Pretérito imperfecto* (novela trágico romántica contemporánea); con «Ediciones Click», el sello digital de «Planeta de los Libros», he publicado *El fotógrafo de paisajes* (novela negra); con «Libros Mablaz» *La caja mágica*, cuyos derechos he cedido a la «Ciudad de los niños», y *Pretérito imperfecto* en papel; y he autoeditado mi última obra *Hijos de Ate-nea* (novela histórica) en «Amazon» y «Casa del libro».

En CHM tenemos más relatos de Mercedes: lee *Diez serias desventajas del libro electrónico* en CHM#1 o *La promesa de la bella Isa* en CHM#8. Y puedes visitarla en: <http://mercedespinto.wordpress.com/>

Plumas al viento

Charlie Charmer

- Lo siento, no se admiten aves –dijo el encargado del registro dejando reposar la pluma en el tintero.
- ¿Te parece un pájaro mi amigo? –dijo en tono amenazante Gustavo, apoyando un ala sobre el libro del oficial- ¿Es que no sabes distinguir un celurosaurio de un miserable enantiornithes?

El azdárquido observó horrorizado aquella extremidad con las plumas llenas de polvo mancillando su esmerada caligrafía. Estaba a punto de arrancársela de un picotazo cuando reparó en la abultada bolsa de Judas que aquel paronychodon llevaba atada a la cintura, similar a la que cargaban sus dos amigos. Probablemente, había una forma mejor de desplumarles.

- Un momento, por favor.

Pasó un pequeño plumero de plumón de arqueopteryx por la superficie de su escrito y ahogó un gemido al ver que se había corrido la tinta en el asiento con el nombre del último competidor inscrito. Algunos filamentos aún adheridos al borrón delataban al bermejo plumaje de las alas de Gustavo. El escribano contó hasta diez y recordó que la venganza es un plato que se sirve frío. Sacó un poco de talco de un cajón y lo vertió sobre las líneas finales, colocó un pedazo de papel encima y cerró el volumen. Se levantó y, sin dejar de clavar los ojos en el grupito de celurosarios, se acercó a uno de los jueces de la prueba. Se cruzaron algunas frases en voz baja, ocultando el rostro entre las alas para que nadie pudiera leerles los picos.

Cuando regresó a su sitio, los ojillos del azdárquido brillaban de un modo inquietante y tenía una siniestra sonrisa pintada en la cara. Se sentó en la banqueta, volvió a abrir el libro de registro, eliminó los restos de talco de un soplado y tomó la pluma del tintero, empuñándola cálamamente en ristre.

- ¿Nombre?
- Ricardo. Ricardo Esteso.
- No –El pterosaurio no estaba dispuesto a dejar que, además de estropearle los apuntes, aquellos pajarracos le tomaran el pelo ¿...un richardoestesia que se llamaba Ricardo Esteso?
- Sí –insistió el aludido.
- Hay padres muy cabrones –trató de disculparle el otro paronychodon.
- Oye, Julito, no te pases...

Sin hacer nada por disimular una risilla compulsiva que acabó contagiando a los propios paronychodones que acompañaban al bisoño participante, el escribano anotó el nombre y le entregó un dorsal con el número veintiocho.

Ricardo repartió algunos codazos e imprecaciones entre sus supuestos amigos y, tras colgarse la identificación del cuello, se aproximó a la pista, alrededor de la cual el público había comenzado ya a concentrarse. Dado lo abrupto del terreno, eran muy pocos los afortunados que podían disfrutar de una vista completa del descenso, por lo que las discusiones disputándose los mejores sitios eran frecuentes, llegando a veces a los picotazos.

El richardoestesia había oído hablar mucho del circuito del islote de Montmeló, pero nunca lo había visitado. La radical verticalidad de sus acantilados era idónea para el descenso y sus diferentes altitudes permitían la competición en todas las categorías oficiales. Por eso era la sede del Gran Premio de Caída Libre de Iberoarmórica desde hacía tantos años.

Los saltadores podían competir en todas las categorías que desearan, siempre que completaran con éxito un salto en la previa. Eso iba limitando el número de competidores de los niveles superiores a quienes no optaran por un abandono final, cayeran al mar o se estrellaran contra las rocas en los saltos previos. Lógicamente, los últimos no volverían a molestar más al público con su impericia; pero en los otros dos supuestos se permitía un nuevo intento. Si a la primera plataforma, que se elevaba dieciocho metros sobre las olas, solían acudir decenas de participantes, nunca eran más de tres o cuatro intrépidos los que llegaban a lanzarse desde los gigantescos farallones de más de cincuenta metros frente al acantilado.

Ricardo levantó la cabeza cuando aún le separaban un par de pasos del borde y comenzó a marearse. Se arrepintió inmediatamente de haber hablado a sus paisanos de los brincos que daba en los riscos para entretenerse cuando llevaba a las tortugas a pastar al monte. La bola se hizo un mundo y, convertido en el héroe del pueblo, el primer celurosaurio que iba a competir en Montmeló (tal como le presentó el diario local) ya no podía dar marcha atrás.

Los competidores debían arrojarse con las alas totalmente plegadas y ganaba la prueba el que más tardara en estirarlas para planear con objeto de esquivar el choque. Había condecoraciones y premios para las primeras marcas. Pero lo que de verdad arrastraba al nutrido grupo de aficionados que siempre acudía a presenciar las pruebas eran las apuestas, fabulosas en todas las categorías. Aunque el reglamento solo prohibía la participación a la aves, el acantilado era monopolio pterosaurio. Nadie iba a apostar una lira a favor de un dinosaurio. Salvo sus paisanos, claro. Si tenía éxito, el pueblo podría reformar por fin la escuela y, con el sobrante, se colocaría una placa en honor al héroe en la Plaza Mayor.

- Esto está *chupao* para ti –dijo Gustavo, dando una sonora palmada en la espalda al demacrado richardoestesia, dando al traste con sus esfuerzos por reprimir una arcada.
- Sí –dijo Ricardo volviéndose lívido hacia su amigo, tratando de mantener el tipo tras expulsar el desayuno por el barranco-, *chupao*.
- Julito ha ido al mostrador a apostar. Te estaba esperando porque tenía tu bolsa, pero iban a cerrar ya las apuestas para el primer salto.
- Pero... ¿lo habéis apostado todo?
- Toma, pues claro ¿para qué hemos venido si no...?
- ¿Sí? ¿sí? –les interrumpió la megafonía, cuyos ecos se perdían a través de las oquedades y salientes de la escarpada costa- Muy buenas tardes, Señoras y señores.

El público se volvió hacia el puesto de prensa instalado en el promontorio más elevado del islote, el único lugar desde donde eran visibles todas las pistas y su vertical completa hasta el mar, donde chapoteaba contra la marea un grupito de plesiosaurios adolescentes que había tomado ya posiciones para disfrutar morbosamente con los impactos de los saltadores menos afortunados.

- Les habla Ernesto Fado, retransmitiendo en directo desde el circuito de Montmeló.

La locución del presentador se aprovechaba para su retransmisión radiofónica simultánea, por lo que la organización solía invitar a periodistas deportivos de renombre, cuya presencia era a la par un buen reclamo publicitario para la cadena y un aliciente añadido para los asistentes. El señor Fado era popular en particular entre el numeroso público femenino, aunque era un tipo bajito y rechoncho, y de sus facciones podría decirse con generosidad que no eran muy ortodoxas, por no decir difíciles. Pero tenía una voz grave y profunda que surtía un efecto demoledor sobre ellas y transmitía camaradería a ellos, que le admiraban y envidiaban

en secreto. Conocedor de sus cualidades, las explotaba con determinación y tenía ese puntito fanfarrón que acababa de darle una aureola realmente arrebatadora.

- La competición está a punto de comenzar, bajo un sol de justicia. Este año se ha batido el récord de participantes y, según me cuenta una monada de pterosauria a la que este año ha encargado las cuentas la organización, se está apostando también muy fuerte. ¿Cómo va la cosa, cariño?
- Bueno... je, je, je –rió ella, como una colegiala- Pues te puedo decir que, de momento, ya se han recaudado más de cien mil liras, lo que no está nada mal.
- Uauh, ya lo creo ¿Te imaginas lo que haríamos tú y yo con tanta pasta, preciosa?
- Ay, calla, calla, que estoy casada...
- No pasa nada, mi vida, con cien mil liras tenemos para los tres... Pero me temo que tendremos que dejar el reparto para otro momento porque, señoras y señores, los jueces se aproximan ya al borde de la primera pista. El espectáculo está a punto de comenzar.

El público disperso se congregó junto a la rampa de lanzamiento en cuestión de segundos, entre pisotones, codazos e imprecaciones. Los puestos de golosinas y bebidas se quedaron desiertos, momento que aprovecharon sus propietarios para hacer una primera estimación de sus ganancias, rellenar las botellas de whisky de marca con garrafón y sumergir un par de segundos los vasos usados en una cubeta con un menjunje espumoso altamente corrosivo que no dejaba de burbujear, para luego dejarlos secar al sol. Un par de vagabundos que mero-deaban el circuito aprovecharon para hacer acopio de colillas y algunos reptiles callejeros devoraban los restos de comida tirados por el suelo.

Para Gustavo y Julito, colarse entre los intersticios que dejaba el público azdárquido al plegar las alas fue un juego de niños. Aunque chocaran con alguna pata, la selva de patagios plegados sobre la que los azdárquidos elevaban sus cuellos, largos como los de un saurópodo, hacía muy complicado a sus dueños ver qué era lo que les había golpeado. En un pis pas se encaramaron al saliente más cercano a la primera pista.

- ¡Cuántos saltadores! –dijo Gustavo- Debe haber más de cien...
- Solo con que Ricardo pase a la siguiente ronda, nos vamos a llevar un buen pellizco – explicó Julito, visiblemente excitado-. Las apuestas estaban doce a uno. Y si gana la prueba vamos a necesitar un camión para llevarnos la pasta.
- Bueno, bueno, cada cosa a su tiempo. Vale que Ricardo es un fenómeno, pero aquí vienen muchos profesionales... con pasar a la siguiente ya hemos cumplido. Por cierto –dijo Gustavo girando nerviosamente la cabeza en todas direcciones-, ¿dónde se ha metido ese capullo...?

Al volver a conectarse la megafonía, un estruendoso chirrido obligó al celurosaurio a llevarse las garras a los oídos. Por cálida que fuera, la voz de Ernesto Fado tardó en borrar la mueca que la estridencia había dejado dibujada en el rostro de muchos espectadores.

- Y ahí está ya el primer competidor dispuesto para el salto, señoras y señores. Se trata de Jesús Ishida, cuyo apellido les sonará a los más veteranos, ya que es hijo del famoso saltador Osamu Ishida, triple campeón de Asia antes de retirarse a nuestro país tras casarse con una iberoarmoricana.

Al joven azdárquido se le notaba la casta hasta en el andar, firme y tranquilo. Cuando estaba a pocos metros del barranco, emprendió una súbita carrera y, dando una gran zancada, se arrojó al vacío con decisión, cayendo en picado como una flecha. El público enmudeció un

instante y cuando, en el último momento, el saltador desplegó las alas invirtiendo la trayectoria para flotar en el aire sobre la cresta de las olas, una gran ovación resonó desde lo alto, haciendo asomar la cabeza a un grupo ammonites que pasaba por allí.

- ¡Fantástico salto! Sí señor, puedo afirmar sin temor alguno a equivocarme que nos encontramos ante una gran promesa del deporte. No se olviden de ese chico, que dará que hablar.

Los jueces levantaron los marcadores y, a pesar de que la prueba acaba de comenzar, algunos postores comenzaron a frotarse las manos. Pero la apuesta más segura era el vigente subcampeón, al podía observarse ya en posición de despegue.

- Si les ha parecido increíble, esperen a ver el siguiente salto. Es el turno, nada menos que de Carlos Hado, de sobra conocido por todos. Con doce metros de envergadura, le basta alcanzar la vertical para abrir las alas y pensar en el siguiente salto. Su historial haría palidecer a cualquiera salvo a Bertín Trépido, el gran pentacampeón, quien como ustedes conocen sobradamente, ha debido retirarse del circuito una temporada por una tendinitis en el propatagio derecho.

Ignorando el comentario del popular Fado, el subcampeón no se limitó a acercarse con parsimonia al borde de la pista para dejarse caer, como todos esperaban. Cuando estaba a medio cuerpo de distancia dio un par de zancadas y botó hacia arriba como si se hubiera impulsado en un trampolín. Antes de comenzar el descenso, estiró el pico y la cola adoptando una postura completamente horizontal que hizo las delicias de los fotógrafos de la prensa deportiva. Entonces, se encogió y giró el tronco hacia abajo, estirando las patas para desprenderse de un teórico punto de apoyo al que se hubiera asido en medio del aire. La caída en picado duró un pestañeo y, justo cuando iba a romperse todos los huesos contra el suelo, elevó el pico hacia el sol al tiempo que desplegaba las alas por completo, blandiendo el patagio como si hubiera sido disparado desde un oculto resorte. Aprovechó la corriente de aire que su propio cuerpo había generado al aproximarse a la tierra para desplazarse hacia delante y tuvo ocasión de saborear la espuma de las olas antes de volver a ascender.

Tras un instante de callada admiración, la concurrencia prorrumpió en vítores y aplausos, e incluso los ammonites, entusiasmados, entrechocaron sus tentáculos rabiosamente, hasta hacerse daño. Solo los plesiosaurios parecían algo decepcionados, pues aún no habían podido deleitarse con ningún porrazo.

- Bueno, bueno, bueno –retomó la locución el comentarista, tras tragarse una mosca que le había entrado en el pico, abierto de par en par ante la gesta de que acaba de ser testigo-. Aunque la competición acaba de comenzar, creo que va a ser muy difícil que alguien le arrebathe el trofeo este año al señor Hado. Todos estamos deseando que llegue la hora de las grandes distancias para disfrutar con sus tirabuzones y triples mortales. Por cierto, ¿cómo van las apuestas, cariño?
- Vaya, pues el público tenía claro que don Carlos iba a hacer un buen salto, y por abrumadora mayoría.
- Buenas noticias para muchos, entonces. Por cierto, preciosa, ¿sabes por qué los azdárquidos nunca tenemos gatillazos?
- Bueno, serás tú..
- Chica, ten cuidado, que nos está oyendo tu marido... ¡Jajaja! Bueno, ¿lo sabes o no?
- Pues, no, la verdad.
- ¡Pues, ¿por qué va a ser?! Por nuestra en-verga-dura...

El público prorrumpió en soeces risotadas, asustando a los ammonites, que volvieron a sumergirse en el piélago. Los celurosaurios se miraron con cara de circunstancias, meneando la cabeza como tentetiesos. Un nuevo saltador se aproximó al escarpe que ponía fin a la rampa de lanzamiento y el escándalo acabó diluyéndose en un discreto murmullo.

Cuando el número de los competidores que esperaban su turno, calentando los músculos o paseando arriba y abajo en los márgenes de la pista, se redujo lo suficiente, Gustavo comprendió que la inquietud que había expresado a su amigo al comienzo de la prueba estaba fundada.

- Ese maricón se ha rajado.
- Vamos a palmar un montón de pasta –observó Julito.
- De eso nada –dijo Gustavo haciendo una seña a su amigo antes de lanzarse de un brinco bajo las patas de los azdárquidos.

Desandaron el camino desde la cornisa hasta la explanada que servía de aparcamiento en menos que canta un iberomesornis. Gustavo se encargó de los vehículos estacionados a la derecha de la taquilla y Julito de los de la izquierda. Mientras se agachaban bajo las ruedas, golpeaban la carrocería o proferían amenazas para poner nerviosa a su presa con objeto de que perdiera los estribos y echara a correr, delatando su presencia. Pero al único al que lograron alterar fue al guarda de seguridad, un struthiosaurio lleno de tatuajes con muy mala uva y tres decenas de pinchos afilados en la coraza.

- Pero, ¿qué coño pasa aquí?

Siendo de dominio público la nula capacidad dialéctica de aquella raza de anquilosaurios, a los que desde pequeños se entrena en el combate cuerpo a cuerpo en detrimento de su formación lingüística o en otro tipo de habilidades sociales menos agresivas, los celurosaurios optaron por abandonar el aparcamiento de la forma más digna en tales circunstancias, o sea, corriendo a toda pastilla hasta que les dolieron las articulaciones, ya en el exterior del recinto deportivo.

- Olvídate... de ese cobarde –dijo Julito con la lengua colgando por la comisura izquierda de la boca, interrumpiéndose constantemente con sus jadeos-. Ya nos encargaremos de él... cuando se le ocurra volver al pueblo.

Gustavo le miró con los ojos aún inyectados en sangre y el rostro pálido como la caliza.

- Tienes mala cara –apreció Julito.
- El tabaco... coff, coff... tengo que dejarlo pero ya... -apenas pudo terminar la frase, echándose mano a la boca del estómago, llevado de una náusea entre aquellas toses convulsas- coff, coff.
- Si tienes que potar, por mí no te cortes –dijo Julito sacándose la chorra junto al arcén para vaciar la vejiga-. A mí también me tocó echar la papilla antes, cuando se me ocurrió acercarme al chamizo que hace las veces de urinario en la entrada. Te aseguro que hay que estar muy desesperado para meterse ahí.

Los paranychodones arquearon las cejas y cruzaron una mirada cómplice. El regreso al circuito fue bastante más lento que la huida, no tanto por el agotamiento físico de Gustavo como por el temor a volver a encontrarse cerca de la porra y las púas del struthiosaurio. Cuando llegaron junto a la caseta, Julito golpeó a poca distancia del picaporte un par de veces con los nudillos.

- Ocupado –dijo un vocecilla desde el interior.

Gustavo hizo una seña a su amigo para que se apartase y, de una certera patada, hizo saltar los pernios por el aire, echando la puerta abajo. Pero el hedor era tan intenso que tuvo que echarse a un lado para vaciar su ya revuelto estómago, mientras Julito le sustituía tapándose los orificios nasales con las garras.

- Sal de ahí, capullo. Está a punto de llegar tu turno y todos dependemos de ti.
- No... no lo entiendes –dijo Ricardo levantando la mirada sin mover la cabeza, acurrucado en un rincón-. Dieciocho metros es mucho más de lo que he saltado nunca.
- Pero, ¿qué estás diciendo? ¿No te habías tirado por el barranco de las chufas?
- Sí, pero la pendiente es tan suave que acabé completando el descenso de varias zancadas. Nunca he dado un salto de más de cinco metros y no creo que realmente haya planeado jamás.
- Pero, bueno, y ¿por qué no lo aclaraste antes?
- Estaba todo el mundo tan excitado que me sabía mal desilusionaros.
- Bueno, todo eso ahora ya da igual –dijo Gustavo, que había recuperado un poco el color después de echar el desayuno-, tú vete para allá, salta y ya está.
- Es que no estabas aquí y no te has enterado –trató de aclararle Ricardo, apretando más fuerte las piernas entre los brazos, hecho un ovillo.
- Me he enterado de sobra. O te vas a la pista echando ostias y saltas o te tiro yo. Abre las alas en cuanto estés en el aire y procura no matarte. Con que pases esta ronda tenemos suficiente.
- Gustavo tiene razón –dijo Julito-. El viento ahora juega a tu favor, sopla desde abajo con fuerza. Antes ha saltado un pterosaurio diminuto al que el viento ha devuelto al punto de partida tan pronto que ha sido eliminado. Nosotros somos mucho más pequeños que esos azdárquidos. Eso debe ser una ventaja, ¿no crees?
- Pero, pero...
- No hay peros que valgan. Vamos, ya que tienen que estar a punto de llamarte.

Los paronychodones agarraron por las sisas al richardoestesia, sacándolo a rastras del excusado. Atravesaron el aparcamiento a toda velocidad, temiendo encontrarse de nuevo con el guarda, pero fue una ambulancia medio destartada la que se los habría llevado fácilmente por delante si la sirena no hubiera anunciado su presencia chillando desbocada, girando sobre su eje mientras proyectaba un haz de luz anaranjada por todas partes. Los celurosaurios se echaron a un lado y el vehículo prosiguió su agitada marcha, con la mala fortuna de meterse de lleno en un enorme bache que puso a prueba los amortiguadores y acabó por abrir la portezuela trasera. Uno de los enfermeros se apresuró en volver a cerrarla, pero Ricardo tuvo tiempo de comprobar el lamentable estado del pterosaurio cuyos restos viajaban sobre la camilla, completamente desmembrados, tiñendo de rojo las sábanas.

En un quiebro, el richardoestesia se soltó de sus captores y echó a correr, pero pronto fue alcanzado. El resto del camino lo hizo arrastrado por los pies por sus paisanos. Llegaron a la pista justo cuando el locutor le presentaba:

- Y la novedad de este año es que tenemos a un auténtico dinosaurio entre nosotros. Por supuesto, un dinosaurio no aviano, pues otra cosa atentaría contra el reglamento. Si quieren ver a un celurosaurio destriparse contra los peñascos, les sugiero que continúen atentos a la pista... -los plesiosaurios, que llevaban un rato ocupados en dar caza a un calamar que se había despistado, regresaron inmediatamente a su puesto de observación.

- Noooo. Dejadme, cabrones, dejadmeeee –se quejó Ricardo, clavando las uñas en el suelo, hiriendo la tierra sin obtener a cambio más que unos largos surcos que le seguían, serpenteantes.
- Se trata de Ricardo... Esteso, juajuajua. Juro que no es otra de mis bromas. Ricardo Esteso, un richardoestesia de metro y medio de envergadura y un escueto historial que, asegura, ha dado un par de brincos en un montículo de su pueblo. La diversión está asegurada. Vamos muchacho, levántate del suelo y pórtate como un saurio... ja-jaja –la risita que había provocado el nombre del competidor entre muchos sectores del público se convirtió entonces en cachondeo generalizado-. Claro, es eso. No es más que un saurio, amigos, su sitio está ahí, arrastrándose sobre la tierra.

Los paronychodones se agacharon junto al foco de todas las burlas.

- ¿Es que no les estás oyendo, mamón? ¿Vas a consentir este escarnio de tu especie? ¿Qué eres, una mierda de eusuquio o un saurio?

Ricardo no contestó, pero aflojó la presa contra el suelo. Dejó de llorar como una niña y se incorporó lentamente sobre las rodillas. Los paronychodones le soltaron, permaneciendo lo suficientemente cerca para volver a agarrarle si era necesario.

- Eh, un momento –dijo el presentador-. Parece que nuestro amigo se ha enfadado y quiere demostrarnos algo... Seguramente, la ley de la gravedad –abajo, los plesiosaurios golpeaban las olas con sus aletas, presa de la excitación.

El comentario y las risas con que el público le correspondió acabaron por enervar al richardoestesia, que se puso en pie. Mientras sus acompañantes se reintegraban a la masa una vez cumplida su misión, se acercó lentamente al borde del escarpe y colocó los pies paralelos en el límite. Fue entonces vio las rocas al fondo, rodeadas de bivalvos y líquenes, afiladas como los dientes de un betasuchus. En su anterior visita a la pista no había llegado tan lejos y pensaba que, al final de la caída, lo que le esperaba sería el mar, que podría dejarle malherido pero daba cierto margen a su supervivencia. Tenía la idea preconcebida de que los peñascos se reservaban a las categorías superiores. Sintió unas ganas irrefrenables de darse la vuelta y salir corriendo, pero fue incapaz de mover un solo músculo, estaba completamente paralizado.

Absorto en la distancia que le separaba del fin, que habría deseado que fuera aún mayor para arrancar unas décimas de segundo adicionales a la existencia, no lo vio llegar. Ni siquiera se percató del grito mudo del respetable, observando con el corazón encogido como aquel judas malnacido se abría paso entre la turba para emprender la carrera con los brazos extendidos hacia el que le había tenido tanto tiempo por su amigo.

Una cosa era que aquel dinosaurio prepotente se precipitara al vacío por cabezonería propia y otra que nadie le obligara o, menos aún, le empujara literalmente. Solo una vez, en toda la historia del campeonato, había sucedido algo parecido aunque de mucha menor gravedad. El padre de un pterosaurio manco fue detenido por las autoridades al cogerle intentando extorsionar al niño con retirarle la paga si no saltaba. Acusado del delito de coacciones tipificado en el artículo 434 del Código Penal Deportivo, con la agravante de la minusvalía de su vástago, fue condenado a seguir entregándole su asignación mensual desde la cárcel durante los siguientes doce años. Algunos criticaron el rigor del tribunal, pero lo cierto es que no se volvió a dar un caso similar tras aquella condena ejemplar.

Gustavo aceleró el paso las últimas zancadas. No estaba dispuesto a esperar a que aquel medica se arrepintiera. Llevado por su envenenado impulso, resbaló con la gravilla de la pista,

a la que las pisadas plantígradas de los azdárquidos estaban más que acostumbradas, pero poco aptas para dinosaurios digitígrados, y la inercia le lanzó despedido por el margen derecho del escarpe donde terminaba la rampa, sin siquiera rozar a Ricardo, que contempló atónito como el paronychodon daba varias vueltas de campana en el aire hasta chocar con un saliente del promontorio que le proyectó con fuerza hacia el mar. El cuerpo describió una parábola perfecta y aterrizó sobre el grupito de plesiosaurios, despachurrando a uno en el acto.

- Bueno –resonó la voz del comentarista a través de la megafonía-, pues parece que ha quedado demostrado de una vez por todas que los dinosaurios no avianos no pueden volar –el público le contestó con una obscena carcajada-. Y vayamos ya con el penúltimo competidor, el veterano Froilán Zado...

Uno de los jueces ayudó a Ricardo, todavía bastante afectado por cuanto había sucedido, a retirarse de la pista y le acompañó hasta la pequeña tribuna desde donde la organización controlaba el desarrollo del campeonato. El secretario del tribunal levantó su cabeza en forma de flecha, se rascó el cuello con el raquis de la pluma y miró al celurosaurio con una mezcla de estima y conmiseración.

- Felicidades, señor Esteso, ¿Va a competir en la siguiente categoría?
- ¿Perdón? No le comprendo. Si no he saltado...
- Vamos a ver lo que dice el acta... sí, aquí está “dinosaurio no aviano realiza un salto poco ortodoxo y pasa al siguiente nivel”.
- Pero, ése no era yo... y además, se estrelló contra el fondo.
- El reglamento indica que superará la prueba el competidor que consiga planear sin chocar contra las rocas o el mar. En tanto solo ha habido un dinosaurio inscrito en esta categoría y, tras un casi imperceptible planeo, no ha golpeado a ninguna piedra ni al agua, sino a un espécimen que, por otra parte, no debería haber estado ahí, puesto que hay carteles que lo prohíben distribuidos por todos los alrededores, la única conclusión válida es que Ricardo Esteso ha superado la prueba. Si no está de acuerdo con la resolución del tribunal, tiene diez días para recurrir ante el Tribunal de Arbitraje Deportivo...

Como pueden imaginar, el pueblo recibió al héroe de Montmeló con todo el boato y fanfarria de que era capaz. Los festejos por la gesta se prolongaron durante varios días y le dieron su nombre a la escuela tras adecuar sus instalaciones con el dinero obtenido por las apuestas. Nadie echó de menos a Gustavo y, por lo que se refiere a Julito, se encargó de difundir los detalles de la hazaña de Ricardo minuciosamente entre sus convecinos, a los que, con gusto, explicaba una y otra vez cómo había aguantado el tipo hasta el último momento, como se arrojó sin dudar desde lo alto del risco, con los ojos cerrados, sin dejar de pensar un instante en la educación de los niños del pueblo, cómo su espíritu intrépido le impulsó sobre las nubes y como refulgía el sol a través de sus plumas cuando se posó, majestuoso, en la tierra.

Sin embargo y pese a los muchos requerimientos de que fue objeto, el laureado richardoestesia rehusó abrir una escuela de aviación para los jóvenes del lugar, a los que siempre aconsejó que mantuvieran las patas bien sujetas a la tierra. Y lejos de perpetuar su fama con nuevos desafíos, aprovechó el éxito para retirarse con la aureola de campeón. Dicen que no volvió a saltar ni los charcos.



CHARLIE CHARMER

(Madrid, 1966)



Mi primer éxito fue una redacción sobre el derecho a la huelga de los profesores, apenas acababa de aprender a juntar la “m” con la “a”, allá por 1973. Debieron quedársela para plagiarla en algún manifiesto, porque el manuscrito más antiguo que conservo es una crónica del atentado el siguiente año a Carrero Blanco que, a falta de fotografías, ilustré con las macabras escenas que la noticia suscitó a mi tierna imaginación.

Por abreviar, diré que en la adolescencia cambié el lápiz por la guitarra y, como quería formar una familia, acabé dedicándome a estudiar cosas “de provecho”, haciendo carrera en la Administración Pública. Pero las leyes no terminaban de satisfacer las necesidades del hemisferio derecho de mi cerebro, de modo que un buen día decidí retomar mi vena artística y poseo una bonita colección de manuscritos inéditos que, algún día, haré arder en una pira frente al mar una noche de San Juan.

En CHM tenemos más relatos de Charlie: lee *Operación Haltamti* en CHM#1 y #3, *Óscar* en CHM#2, *Pangea sauria* en CHM#4, *La leyenda de Chen Landiao* en CHM#5 o *La conjura de los galeotes* en CHM#5-8 o, bajo el alias “Pepo, el estafalario”, *Juegos de guerra* en CHM#3, *La auténtica y verdadera historia de Chorrada Mensual* en CHM#5, *Bloody Mary-Mar* en CHM#6 o *Un flechazo* en CHM#8.

Puedes contactarle en el correo: charliecharmer6@gmail.com

QUIÉN FUERA
Alberto Miguel Gómez

*“Quién fuera pestaña
Que, cual escoba,
Barriera el mar de lágrimas
Que tu alegría roba.*

*Quién fuera peine,
Con licencia para rizar
Las afloradas madre selvas
Que veo de tu pelo colgar.*

*Quién fuera peón,
Para servir con diligencia
A la reina de este ajedrez
Que juega con complacencia.*

*Quién fuera Ulises,
Quien, dispuesto, fuera capaz
De surcar océanos y mares
Para ver a su amada una vez más.*

*Quién fuera agua
Para poder explorar
Cada surco de tu cuerpo,
Cada atisbo de beldad.*

*Quién fuera espejo
Para poder reflejar
La hermosura de tu semblante,
La belleza en tu andar.*

*Quién fuera sábana,
Para poder resguardarte
Del gélido frío nocturno;
Y entre mis brazos albergarte.*

*Quién fuera, en fin, invento
Que pudiese dejarte sin aliento”.*

Alberto Miguel Gómez



Soy un joven de 15 años con una curiosidad que podría calificarse de infinita. Amo la Física y tengo como hobbies leer, la Historia, la Filosofía, la Ciencia y la poesía (mi poeta favorito es Quevedo jejeje). También soy un gran fan del Rock en general y especialmente del grupo Nirvana. Llevo cuatro años tocando la guitarra española y la eléctrica. Me gustan las novelas históricas y de género negro. Mi sueño es poder estudiar el doble grado de Física-Matemáticas.

En CHM tenemos más relatos de Alberto: lee *Tu último relato* en CHM#2, *Las dos caras de la moneda* en CHM#3, *El héroe traicionado* en CHM#5 o *El culpable* en CHM#6.

EL MAL

Martius Coronado

Capítulo excluido de la novela: "El Chamán y Los Monstruos Perfectos", de venta en Amazon, de tono místico, fantástico y crítica social: Un homenaje al Misticismo de los libros de Carlos Castaneda.

La existencia es tan poliédrica en sus manifestaciones, como en las voluntades que ejecutan cada una de las variantes de esa misma multiplicidad. Partiendo de una misma naturaleza, los resultados son, pues, infinitos. El ser humano para no perderse en la miríada inabarcable de matices se contenta con simplificar las voluntades en dos. De entre ellas hay una estigmatizada que auna orígenes e intenciones muy diversas, la maldad.

El mal como fin en sí mismo no existe, aunque sí en actitudes que priorizan lo propio avasallando a cualquier precio lo ajeno. Es decir el mal cohabita en cada uno de nosotros, es simplemente una faceta más de la existencia, por ello el malvado es simplemente aquel que toma esta posibilidad como premisa.

Uno de esos jóvenes taciturnos y ninguneados por su entorno que cría el desdén moderno y la falta de calor humano, encontró en la soledad dolida de su rabia un asidero de venganza abrazando esa voluntad como única vía de afirmación. Si a nadie parecía importarle él, sus actos no tendrían en cuenta a nadie más que a él. Ese comienzo nada original y bien deambulado por cualquier adolescente, terminó por instaurarse como su única norma. Quizá porque el desdén de su entorno siguió, quizá porque nadie le brindó un sincero afecto. El caso es que su norma terminó por hechizar sus gustos y desvincularlo de las briznas del remordimiento.

Azrael, ominoso nombre con el que se autonombró, se había sentido desde pequeño un bicho raro. Su enclaustramiento y el rechazo continuado pareció empujarlo a cultivar y a aumentar sus gustos mórbidos, y estos a su vez alimentaron su rareza. Primero como una coraza a su pena, y luego como señora orgullosa de su odio y afirmación frente al resto. La muerte, a la que al principio anhelaba su pena infantil, le marcó un gusto siniestro por todo aquello que sonara negativo y con lo que se identificaba. Y si aquellas personas que se consideraban buenas ante sus primeras inquietudes, disfrazadas de travesuras, no hacían más que reprocharle su maldad, su rareza; él acosado, terminó no sólo por creerlos, sino por quererla.

Encontró en los libros modelos a seguir, mundos que conquistar y fronteras que cruzar. Al principio los leía con un secretismo gozoso pero culpable. Luego con la veneración impaciente del que está preparando no sólo su venganza, sino un plan de vida. Magia, esoterismo, cábala, nigromancia, alquimia, brujería... todo tema sobre el que investigaba lo tomaba como una herramienta que atesorar. Su memoria se convirtió en una esponja con capacidad ilimitada, y entonces decidió que debía actuar. Hasta entonces sólo se había contentado con crear pócimas y ungüentos con las plantas que recogía, pero ahora iba a invocar al poder mismo.

Primero eligió la meseta de un bosque cercano y la limpió de maleza, más tarde formó con guijarros una rosa de los vientos, luego profanó la tumba, con innegable placer, de su propio abuelo y le arrebató el cráneo, por fin esperó a que llegara el primero de noviembre.

La noche indicada ungió su cuerpo desnudo con un ungüento de corteza de noguera, unto de macho cabrío y mandrágora como ingredientes principales, y después vistió túnica negra. Sobre la rosa de los vientos roció sangre de un niño al que cuidaba y sobre un tronco muerto,

que utilizaba de altar, colocó la calavera entre dos velas negras. Al llegar la medianoche se armó de un tridente de fabricación propia y señalando con él a los cuatro puntos cardinales conjuró a Satán con una invocación sacada de una peculiar edición de El libro de Thot que empezaba así:

—¡Booz! ¡Adonai! Lux, Tenebrol, ¡Belial! Rey de los Infiernos, poderoso señor a quien el mundo rinde culto en secreto...

Al terminarla se postró sobre la rosa de los vientos y rezó sus deseos al infinito sin mascullear palabra. Ofrecía servidumbre a cambio de poder, quería convertirse en el mago más temido y poderoso de los tiempos, pasados y por venir. Sin embargo nada ocurrió. A la hora se incorporó incrédulo y dolido de que también el mal lo despreciara. Descargó su furia contra las cosas que lo rodeaban, y no cejó hasta pulverizar el último trozo de cráneo que alcanzó a ver. Después lloró, protegido de la total oscuridad como cuando niño.

Aquel primer fracaso, en lugar de sumirlo en el desaliento, lo encorajinó en la búsqueda de nuevas fórmulas, empeinado como estaba en que si otros habían conectado con esos seres, él no iba a ser una excepción. Pensó que para atraerlos debía cambiar su actitud, si su comportamiento hasta entonces no había sido el más modélico, en adelante sería el más malévolo. Sus pequeñas maldades se agrandaron hasta planes milimetrados durante meses, para causar el mayor dolor. Entre su familia usó el papel del despreciado, para con el lazo del afecto arrancar secretas intimidades que destiló en ocasiones señaladas y festividades varias, para frustrar bodas, desunir hermanos y quebrantar almas.

Sin embargo fue con su única, digamos amiga, que rompió el último lazo de piedad y selló su destino con una pena inesperada. Diana era una jovencita fascinada por los vampiros, el estilo dieciochesco y los vestidos negros. Había compartido aula con Josué, antes de que se cambiara el nombre por Azrael, y a pesar de la frialdad de éste había terminado por hacerse su amiga. Con una simple frase había roto el hielo.

—Hola, ¿cómo te llamas? Te parecerá una tontería, pero me recuerdas a alguien, como si en otra vida... nos conociéramos.

Diana había sido una válvula de escape necesaria contra su aislamiento, y aunque con reservas le había terminado compartiendo sus libros y parte de sus oscuros gustos. Sin embargo que continuara frecuentando sus otras amistades y que pareciera querer algo más que amistad, lo mantenía sobre aviso. Ella podía tener al chico que quisiera, pues aunque de gustos siniestros, era alegre, popular y de una belleza cautivante. Entonces, se preguntaba desconfiado, qué iba a querer de él, impopular, contrahecho (tenía una pierna más corta y un ojo estrábico) y malvado; si no era la aviesa intención de ponerlo en ridículo.

A pesar de la coraza que se había creado por años, el roce le fue creando dudas y un afecto, que aunque no exteriorizaba, lo sorprendía con ensoñaciones que le tranquilizaba castigar. Pero Diana leyó, tal vez en el aire de su amigo, algo distinto y un día se atrevió a atacar. Lo besó en un descuido, y ante su rechazo, tras una dulce perorata le indicó que su problema era que no se dejaba amar, y ella, aunque no la creyese, lo amaba. Él le pidió que se fuese inmediatamente, y con un desliz que consideró debilidad, le gritó cuando partía, que no permitiría que se riera nunca más de él.

La noche que siguió, los insomnes sueños de felicidad, le amargaron los planes de futuro que para su vida había trenzado. No, no podía caer en un sentimiento tan débil ahora que por fin vislumbraba la promesa de un encuentro. En las últimas semanas había estado utilizando

ciertas plantas de poder para sumirse en un estado de conciencia alterado, y al contrario que en otras ocasiones en que los retazos eran inconexos y olvidados, ahora un ser intangible y con aspecto de jaguar se repetía y le hablaba de concertar un pacto beneficioso para ambos. Incluso recordaba que le ofertaba poder y él prometía, en pago, un sacrificio. Los detalles se perdían, pero no su nombre, Aiwaz.

El sueño no llegaba para levantar un muro y salvaguardar su tranquilidad, y en su lucha Azrael acudió a la maldad. Se dio cuenta de que inconscientemente había excluido a su amiga de sus juegos malévolos, y para ahuyentar el afecto y el sentimiento de debilidad que le producía, ideó para ella un nuevo plan. Pensó que si el querer era fingido lo merecería, y si no tanto mejor, ya que así borraría la descubierta flaqueza y a la vez engrandecería sus méritos ante los representantes de la oscuridad. Una vez pergeñado el plan pudo dormir. Mas en su reposo, para su mal, soñó que el amor triunfaba.

Cuentan, pero las lenguas de los hombres gustan a posteriori de afilar los detalles, que el día que precedió a los hechos Azrael lució una felicidad desconocida. Que sus ojos refulgieran con el brillo del amor para unos, y la parturienta maldad para otros; no refleja la memoria de su dueño. Fue un calvario de ansiedad, donde la pena, la ira y la felicidad parecían fundirse en el único anhelo de que todo acabase. Y aunque tenía un plan no sabía cómo.

Le había escrito una carta citándola, sólo si de verdad lo amaba, a medianoche en el llano del bosque donde realizara su primer intento de invocación. Sabía que a esa hora sus padres no iban a dejarla salir, así que tendría que salir a escondidas, algo que ya había ocurrido otras veces. Para la ocasión había preparado un nuevo altar con velas, algunas pócimas y una cámara oculta tras el follaje y dispuesta a grabarlo todo. Se había preparado un guión de preguntas con el fin de que las respuestas no pudieran variar mucho y al montarlas, poner en evidencia las intenciones de ella. El proyecto era simple, hacer unos conjuros y luego si aseguraba que lo amaba, sellar su unión ante los seres oscuros que iba a invocar teniendo sexo allí mismo.

Llegó una hora antes y en la espera los nervios fueron un suplicio interminable. Quería que viniese, presentía que no faltaría, pero algo en su interior prefería que nunca apareciese. Porque si llegaba, su plan de cualquier forma era la traición y por un momento pensó que no tendría el valor. Aquello que sentía, ¿era el amor?, se preguntaba. Temblando de ver que sin duda ella era la única persona por la que hubiera dado la vida. Pero sus planes y el odio a los demás le ofrecían una inercia que lo calmaba. El sentimiento, se persuadía, era la falaz debilidad que como prueba le requería Aiwaz superar, para así demostrar que era digno. Y entre tanta duda, si algo quedaba fijo era que al poder no iba a renunciar.

Divisó desde la meseta en la distancia y comprobó, aliviado, que nadie parecía aproximarse. Pasaba en más de media, la hora de la cita, y la ansiedad liberada le pidió actividad. Así que tomó el ungüento que había usado para contactar con el ser incorpóreo y lo restregó en cantidad generosa, en vez de en una sola zona como hasta entonces, por las corvas, las sienes, las axilas y toda superficie de la piel que supiera que lo absorbería con rapidez. Luego presa de una agitada diligencia se desnudó y conjuró, con palabras que no conocía, a Aiwaz.

El tiempo se detuvo y sus sentidos se amplificaron en un mundo oscuro en el que sólo parecían estar los dos. Aiwaz se mostró imponente en su amplitud, como si su tamaño lo impregnara todo y su forma intangible fuera el todo ante el que Azrael se postraba con veneración y miedo. Uno rogó sin hablar y el otro le contestó de igual forma.

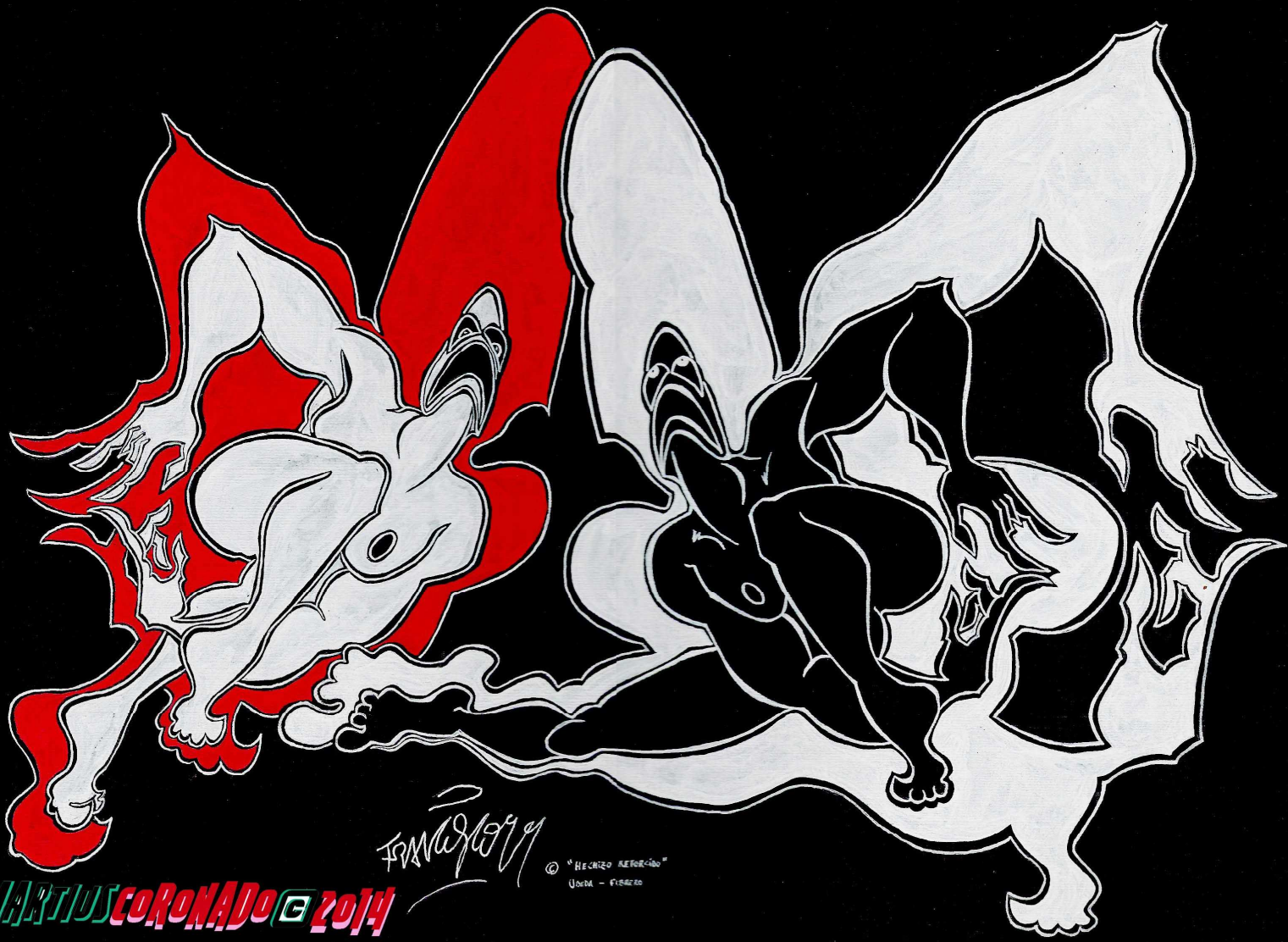
—El poder inconmensurable de Aiwaz está a tu servicio y tú al servicio inviolable de Aiwaz. Mis caprichos son tu meta, tus deseos mi voluntad. Ahora, sólo te queda pagar.

En ese instante supo. A la par que su ser se desmembraba al cruzar unas líneas paralelas y sentía como una torcedura en su cuello reacomodaba su energía, que el momento del pacto había llegado. Luego cuando su propia esencia, emergía del abismo, notó una conciencia y, sin dilación, la tomó sin piedad y la sacrificó en el altar. Y después de esta pequeña eternidad, la realidad.

Diana yacía a sus pies, muerta. Tenía el cuello destrozado y estaba cubierta de sangre, pero no más que él. No recordaba los hechos, pero los sabía. Los había conocido en un instante, justo antes de volver. Ella era el pago, y él el ejecutor. Sus poros bebían del pacto y se hinchaban con el poder mismo y aunque surgió una duda; supo que no había vuelta atrás. Era más de lo que nunca había imaginado, y esa misma merced le hacía comprender la grandeza de la vida y todo a lo que había renunciado. Y si bien no extrañaría lo que nunca había sido suyo, sí lo que lo fue.

Se acercó a la cámara, no le hacía falta porque todo sabía, pero le urgía. La rebobinó. Vio la llegada de Laura, lo recordaba, pero le embriagaba regodearse en los gritos y las alharacas preocupadas de ésta ante sus convulsiones. Contempló los besos y caricias que le prodigó para sacarlo del trance, cada detalle lo tenía presente, pero nada lo mesmerizaba más que ese trozo de realidad grabada. Siguió con su aparente despertar y su petición al vacío para que aceptara a su misma madre de ofrenda, y aunque recordaba la negativa, se reconfortó de ver que al menos una máquina sabía que lo intentó. Luego la promesa de amor eterno que calló con un beso, le emocionó ver que fue verdad. Beso que aún le olía y selló el final. Después simplemente no pudo ver más. El resto se había incrustado en su mente. Apartó la cámara, y dicen que por horas no dejó de llorar. Después desapareció como una sombra que lleva el viento, dejando atrás las pruebas de sus hechos y jurándose que aquella tierra no la volvería a pisar. Y lo cumplió, hasta hoy.

Aiwaz, que por años le había dejado explorar el mar de su poder, lo reclamó. Y Azrael pisó de nuevo, sino su pueblo, sí su tierra natal. Y el aire, aunque nada contra él podía, le dolió como el dolor primero, porque le trajo su olor. Y sus pasos, para ocultarse en ellos, se volvieron ruina. La tierra tembló, las nubes emergieron ennegrecidas y un temporal de lluvia y viento castigó la ciudad donde se encontraba. El suelo se corrió por Lomas de Ecatepec arrastrando colonias, un edificio se derrumbó en el Eje Central sembrando muerte y espanto, y al atardecer la luz eléctrica dejó de existir por horas, para cobijar su negrura. Azrael anduvo por doquier para contemplar su obra y sólo se detuvo ante una pensión, y con él la lluvia. (...)



Martius Coronado

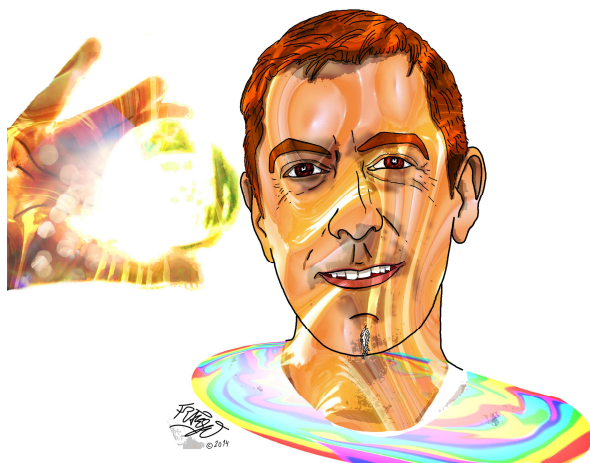
Periodista del 92, idealista y desenchufado de enchufes laborales en la actualidad. **Dibujante** de cómic testarudo y perseverante. Viajero con movilidad exterior y laboral

desde 1994, desparramado entre USA, México, Uk, Marruecos, la Madrastra Patria y miles de trabajos y experiencias vitales. **Escritor** en definitiva, con sueños que intentan recopilar la esencia de la vida en relatos, para que el tiempo los entregue a quien guste leerlos. Si te atreves, acá una novela mezcla de Fantasía, Crítica Social y Misticismo: ***El Chamán y los Monstruos Perfectos***, por ahora en Amazon: <http://buff.ly/1BoMhtz>

Y en su defecto, reflexionador, imaginativo y bloggero: www.elpaisimaginario.com

En CHM tenemos más relatos de Martius: lee

La civilizada pasión por el asesinato: la novela negra en CHM#6, Navidad, una fiesta pagana en CHM#7, Entre el amor y el sexo en CHM#8



UN MUNDO POR DESCUBRIR

Mc Encinas

Siempre había evitado tener que hacerlo, pero esta vez no podía escabullirme, eran los deberes de la escuela. Teníamos que leer un libro ¡Qué horror!

Lo cogí entre las manos con poca gana y lo abrí. Letras y más letras, una detrás de otra, es todo lo que había allí. Sin prestar atención ni a las primeras frases, fui a cerrarlo.

Pero algo me contuvo como si hubiera un obstáculo. Al principio no vi nada, pero poco a poco pude ver a un diminuto señor.

- ¿Qué haces, niño? –preguntó indignado.
- Nada –Contesté sorprendido.
- Ibas a cerrar el libro sin leerlo.
- Los libros son aburridos, dije.
- Te equivocas, abrir uno es despertar su mundo interior.

Mientras hablaba empezó a aparecer sobre las hojas un bonito pueblo, rodeado de un lago. En una de aquellas casas, había un niño con un objeto en la mano, al fijarme mejor vi que se trataba de una estrella. Está estaba triste porque se había caído del cielo. Presté atención y escuché cómo la estrella le pedía que la llevara al monte más alto y así de un salto, volver al cielo de nuevo. El niño enseguida aceptó. Cogió su mochila y empezó a andar. Subió a la montaña Gris, que era la más grande y alta del lugar. Al llegar a la cima, la estrella le dio las gracias y se despidió de su nuevo amigo y salvador. Cogió impulso, uno, dos, tres y saltó hacia arriba, en ese instante en el cielo volvió a ver otra estrella, que brillaba como nunca lo hiciera, para recordar a su amigo que allí estaba. Entonces la imagen desapareció.

-¿Qué ha pasado? ¿Por qué se han ido? El hombrecillo sonrió, mientras se iba volviendo más y más pequeño. Luego con un rápido movimiento de mano abrió una letra y se metió dentro. Era la vocal de una palabra, intrigado la leí y ponía FIN

MC ENCINAS



Nacida en Pollensa (Mallorca) España, rodeada de montañas y mar. Autodidacta, alumna de la vida, de los libros y de todo aquello que le rodea. Amante de la música y la pintura y sobre todo ávida de letras; se atreve con todo tipo de lecturas, pero en especial con el género fantástico, puntal de sus propios escritos. Autores como Tolkien, Pierre Bottero, Cassandra Clare y Jonathan Stroud, son algunas de sus influencias, sin embargo siente un interés especial por la vida y obra de Sir Arthur Conan Doyle. Es una autora que magnetiza con la fantasía un juego y un reto a la imaginación para el lector, con una propuesta asequible para todos los públicos, con un registro ameno, ágil, una prosa sin decorados sino con tiento y templanza. Escritora polifacética. Premiada en 2001 en el VI Concurso de Cuentos Infantiles Asociación Cultural Tertulia Goya de Santander (España). Finalista en el IV Concurso de relatos cortos de Club Literario Cerca de ti. Elegida en la V Edición del certamen "Contes per anar a dormir" Cuentos para ir a dormir (2009), para la publicación de uno de sus cuentos más emblemáticos El pequeño dragón. También ha compartido páginas con otros autores en varios libros. Y en 2012 editó su primera narración larga en forma de libro. Fue colaboradora ocasional en un programa de radio sobre literatura llamado Página en blanco. También dirigió un magazine literario Libro Abierto. Tiene una recopilación para hacer una antología de letras de canciones del Power metal español más representativo como son; Mägo de Oz, Saurom, Arkania y algunos más. Autora de Sebastian. El regreso del Ábcar editado por Lady Valkyrie (Miami) y en venta actualmente en Amazon y en varias librerías de Mallorca. En estos momentos está trabajando en otra novela y con varios proyectos en mente. Si quieres saber más sobre su trabajo puedes entrar en su facebook, allí encontrarás algunos fragmentos de sus relatos.

En CHM tenemos más relatos de McEncinas: lee *El fauno* en *CHM #1 – Especial ciencia-ficción*; y puedes visitarla en: http://mcencinas.mex.tl/frameset.php?url=/1036019_Sebastian--El-regreso-del--bcar.htm

Por pura casualidad

David J. Skinner

Mi intención era, en un par de días, estar tirado al sol en alguna playa del Caribe. Sin embargo, la luz que veo ahora no es la del sol.

Dicen que, cuando estás a punto de morir, aparece un túnel con una luz al fondo. Es cierto. Sobre todo si te encuentras sobre las vías del metro, con un mastodonte metálico avanzando a toda velocidad hacia ti.

¿Suicidarme? ¿Yo? Nada más lejos de la realidad. Me encontraba tranquilamente esperando el metro, y con la mano izquierda no dejaba de agarrar mi boleto ganador de la lotería. No se trataba del premio máximo, eso sí, aunque me permitiría hacer ese viaje con el que siempre había soñado.

Me temo que será otro viaje el que me espera.

Nunca he sido muy bueno en física, así que no me hagáis mucho caso si os digo que, calculando la velocidad del tren y la distancia que lo separa de mí, me quedan apenas dos segundos de vida.

Fue en ese momento cuando todo se detuvo. Sí, igual que si hubiera pulsado el *pause* en el DVD; el vehículo estaba inmóvil, al igual que la gente que, desde el abarrotado andén, me miraba horrorizada.

Por desgracia, yo tampoco disponía de movilidad. Al menos, no mi cuerpo. Mi mente, o alma, o cuerpo astral, se alejaba lentamente, flotando por encima de la dramática escena. Y entonces se me ocurrió: iba a averiguar quién era el responsable de mi situación.

¿Sabéis? Eso de moverse de forma extracorpórea no es nada sencillo. Me llevó varios... bueno, como todo estaba detenido, supongo que no fue mucho tiempo. En fin, la cuestión es que me acerqué a la expectante y paralizada masa de personas que se hallaban en el lugar. Nada, resultaba imposible saber quién me propinó el fatídico empujón. Con cierta frustración, me encaminé —o floté— hacia el tren, no sabría decir el porqué.

El conductor era un chaval de unos veinte años, con cara de pringado, y con los ojos abiertos como platos. Ese debía de ser uno de sus primeros viajes, si no el primero, o eso es lo que me pareció, y pensé que si se hubiese tratado de alguien más experimentado, quizás habría detenido el convoy a tiempo. Ya había localizado al primer causante de mi inminente deceso. Me hubiese gustado saber qué hizo nada más verme, y si se percató de mi presencia con suficiente tiempo como para evitar la tragedia.

Como si acabara de pedir mi primer deseo al puto genio de la lámpara, la escena cambió de manera súbita, sin luces ni flashes, ni nada de eso. Todo estaba quieto, pero me encontraba unos segundos atrás; había retrocedido, de algún modo, en el tiempo.

Me giré, y pude verme —ver mi cuerpo— cayendo a las vías. Desde mi posición atisbaba aún al inexperto conductor, que estaba leyendo! ¡Jodido cabrón! Sin duda, gran parte de la culpa de lo que estaba a punto de suceder era suya.

Otra parte, claro está, correspondía al tipo que me había empujado. Ahora sí podía verlo con claridad: tenía aspecto zarrapastroso y, al parecer, el empujón que me precipitó a mi fatal destino no había sido intencionado. El hombre, de ropajes andrajosos y larga barba grisácea, se estaba agachando para recoger unas monedas. Difícil decir si eran suyas o no.

La verdad, las motivaciones del vagabundo me la traían al paio; la cuestión era que, por culpa suya, me encontraba en una situación muy, muy jodida. Si hubiese dependido de mí, lo habría arrastrado junto a mi cuerpo, para que compartiese el mismo destino que yo.

He de admitir que sentí una cierta satisfacción tras localizar a los culpables de mi muerte. De mi futura muerte. Creí que, tras haber satisfecho mi curiosidad, regresaría de nuevo al presente, a enfrentarme con el monstruo de acero.

Me equivocaba.

Al principio no reconocí dónde me encontraba. Luego, llegó ella.

—¿Luis? —preguntó la mujer, con timidez.

—Sí —respondí. Bueno, para no faltar a la realidad, no fui yo quien respondió, sino mi “yo” de hacía tres días.

Había quedado con esa mujer por internet. Ya sabéis, en una de esas páginas de solteros en celo. No pensaba que la hermosa foto que mostraba en su perfil correspondiese con la realidad. Casi nunca pasaba.

Esa vez, sí.

Carmen era una mujer que había pasado de los cuarenta hacía ya tiempo, pero cuyo aspecto físico la hacía pasar fácilmente por una chica de treinta y pocos. Unos ojos marrones con tintes verdosos, un corto y castaño cabello, y una voz que, como no podía ser de otra forma, destilaba sensualidad.

Lo pasamos bien esa tarde, aunque es cierto que bebimos algo más de la cuenta. Eran cerca de las dos de la madrugada cuando salimos del último garito: un karaoke cercano a Plaza de Castilla.

—Me lo he pasado muy bien, Luis —me dijo ella, con cierto trastabille entre palabra y palabra.

—No tiene por qué acabar ya —fue mi respuesta, mientras agarraba su mano.

Todo parecía ir tan bien... ¿Por qué tuvo que fastidiarlo? Tras mis palabras y unas caricias que, si bien su boca no pidió, sí lo hicieron sus ojos, Carmen cambió por completo su actitud.

¿Qué hubierais hecho vosotros? Yo estaba con el calentón, y la muy guarra quería irse a casa ella sola. Lo que ocurrió en aquel oscuro callejón no fue una violación, que conste, pero ella podía tomárselo como si lo fuera. Por eso la maté.

Mi mente, mi alma, contemplaba de nuevo la escena. Pude ver cómo cogía el coche —aparcado a un par de calles—, y me dirigía a casa. En aquel momento, tres días atrás, mi ebriedad hizo que no prestara mucha atención al cercano sonido de un claxon.

Ahora, sereno y sobrevolándolo todo, me percaté de que el origen del sonido provenía de un pequeño coche —uno de esos vehículos que no necesitan carnet, diría yo—, conducido por una enjuta mujer de mediana edad. Me había saltado un semáforo en rojo e, intentando esquivarme, la señora había terminado por empotrarse contra una farola.

Tranquilos, no se mató. Ni siquiera se hizo nada grave. Pude ver cómo, acompañada por su marido, realizaba una visita al médico —por algo de las cervicales—, justo en el mismo instante en que yo iba a encontrarme con el Creador.

El marido, claro, había cogido el día libre en el trabajo para poder ir con ella. ¿Sabéis qué? Él era el puto conductor que debía haber llevado el tren que iba a arrollarme. Un tío con la suficiente experiencia como para evitar —quizá— que mi cuerpo acabase diseminado por toda la estación.

Joder.

Vamos a retomar la historia de la difunta Carmen. Mi anodino aspecto logró que nadie fuese capaz de dar una descripción útil a la policía, con lo que el peso de la ley no caería sobre mí. Tanto al velatorio como al sepelio, este último celebrado hacía apenas una hora, solamente acudieron amigos suyos, pues al parecer no tenía familiares cercanos. Uno de ellos me llamó la atención.

Era de estatura baja, aunque bien proporcionado. No sé si era por su ropa, por su media melena rubia, o por los sonidos que hacía al llorar mientras bajaban el ataúd, pero pensé que se trataba de un homosexual. Aunque esto no influye en lo que estoy contando —lo sé—, me hizo cierta gracia fijarme en su amanerada actitud. Siempre me han parecido graciosos los *mariquitas*.

Mi etérea sonrisa no duró mucho.

El rubio fue de los últimos en abandonar el cementerio. Si hubiese salido el primero, o hubiese decidido aguardar diez minutos más dentro, seguramente no habría coincidido con nuestro amigo, el vagabundo de las monedas.

¿Le acababa de dar diez euros? ¿En monedas? Y ni siquiera creo que fuese a propósito; tan solo metió la mano en el bolsillo del pantalón, y le entregó lo que llevaba. El vagabundo realizó una exagerada reverencia tras coger la pequeña fortuna y se fue corriendo de allí, pensando tal vez en que el otro podría arrepentirse de su acción.

Ya sabemos hacia dónde fue.

En aquel preciso instante, cuando todo parecía haberse aclarado de forma trágica, recibí la explicación final. La causa última se me reveló, como un fulminante rayo enviado por el mismísimo Zeus.

¿Os he hablado del boleto de lotería que llevaba encima? Lo compré ayer, en una administración cercana a Ventas. Yo no soy de jugar mucho, esa es la verdad, y tampoco lo habría hecho esa vez si no hubiese sido aquel número.

06666.

—Nací el seis de junio —Escuché de nuevo las palabras de Carmen, y un escalofrío, si tal cosa puede sucederle al alma, me hizo estremecer—. Del sesenta y seis. ¡La marca del diablo!

Carmen se rió entonces. Carmen seguía riéndose ahora.

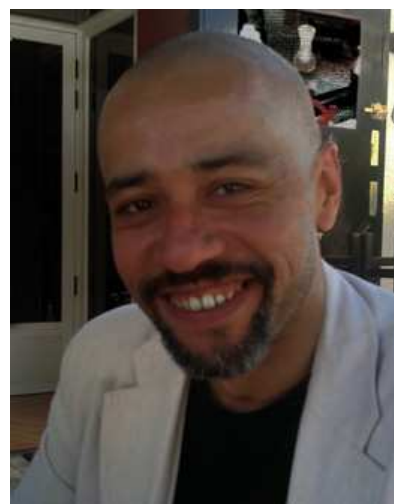
—Te sobraría un seis —En ese momento, yo me sentía muy seguro de mí mismo, arropado por varias copas de alcohol—. Aun así, me gustaría saber cuánto tienes de diablesa.

Ahora lo sabía. Quizás. O puede que todo fuese una casualidad, o que se tratara del karma, de la justicia poética, o de alguna de esas zarandajas. Mi mente regresó a mi cuerpo, al presente, y el tiempo se puso una vez más en movimiento.

Antes de que ocurra, me gustaría decirles que...

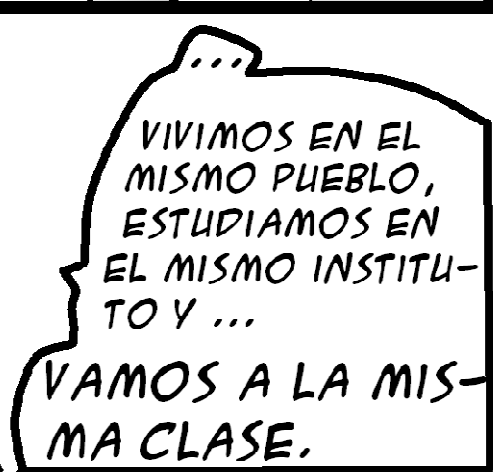
David J.Skinner

David J. Skinner comenzó a escribir novela a mediados de 2011, decantándose por el *thriller* y la novela policial. Desde entonces, lleva cinco novelas publicadas, aparte de haber sido ganador o finalista en diversos concursos literarios, destacando varios de sus relatos cortos emitidos por emisoras de radio — como *Había Llegado la hora*, *¿Una vida distinta?*, *Fue un héroe*, *Sabor de amor* o *La ruleta de la fortuna*—, el relato finalista del **Segundo Certamen de Relato TerBi**, *El hombre eterno*, la novela finalista del **II Premio Wilkie Collins de novela negra** y ganadora del **II Premio de Narrativa Libros Mablaz**, *Una herencia problemática*, y la novela finalista del **III Premio de Novela Breve Oscar Wilde**, *August. Pecado mortal*.



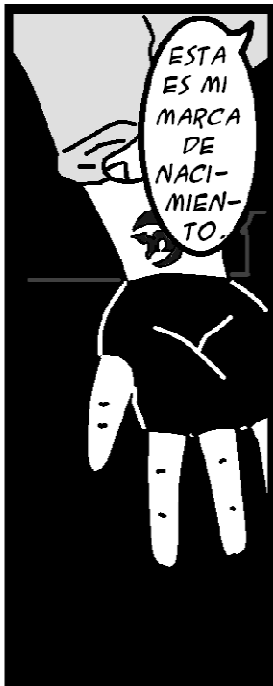
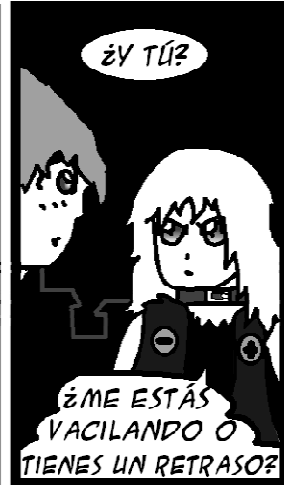
En CHM tenemos más relatos de David: lee *Ausencia* en *CHM#7*. Y puedes visitarle en <http://davidjskinner.com/>

¡MARO HABÍA DESCUBIERTO SUS PODERES Y SE HABÍA CITADO CON 3 PERSONAS MÁS COMO ÉL! 3 PERSONAS QUE LE AYUDARÍAN A CONOCER LA VERDAD...



VOSOTROS SOIS SUMMER TEX Y HELL.

...
VIVIMOS EN EL MISMO PUEBLO, ESTUDIAMOS EN EL MISMO INSTITUTO Y ...
VAMOS A LA MISMA CLASE.



NUNCA HABLAMOS CON NADIE DE CLASE ASI QUE TECNICAMENTE TODOS SOMOS UNOS MARGINADOS.



¡ESCUCHA MARO, SI YO NO ME RELACIONO ES PORQUE TODOS SON UNOS CHULOS, UNAS PIJAS O UNOS IDIOTAS!



¡SÍ! YO SOY LA EXCEPCIÓN!



¿VES?

TEX ES UN CHULO-IDIOTA



UNA COMBINACIÓN ASQUEROSA.

HELL ¿TÚ QUE ERES? ¿CHULO O IDIOTA?



...NADA...

BUENO, PARA FIARME DE VOSOTROS TENGO QUE VER VUESTRA ...



MARCA.

MIRA



MI MARCA DE NACIMIENTO



EXACTAMENTE IGUAL A LA MÍA.



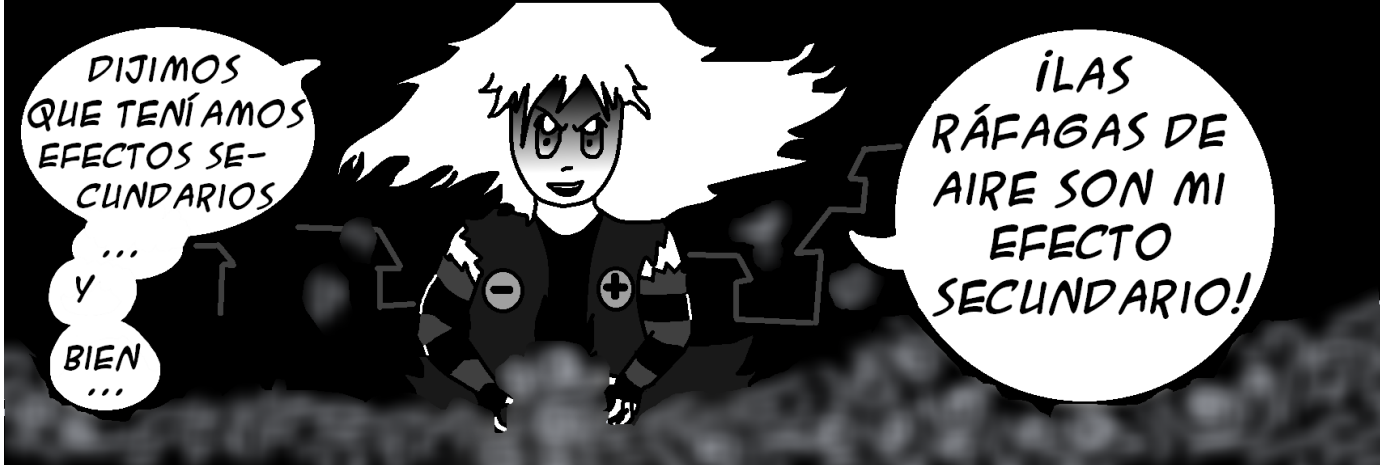
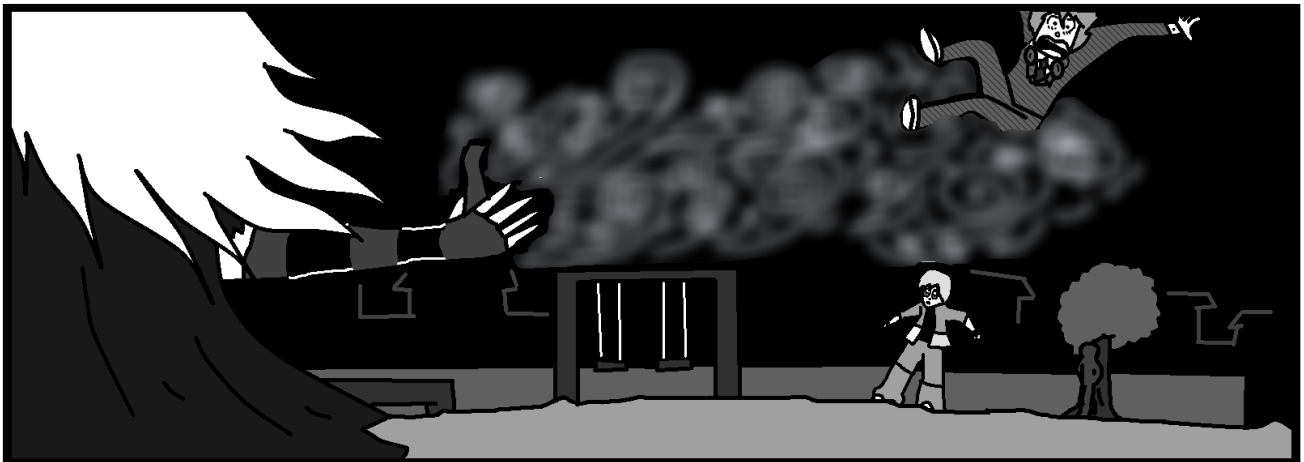
AUNQUE PENSÉ QUE TAMBIÉN LO TENDRÍA EN LA MUÑECA.

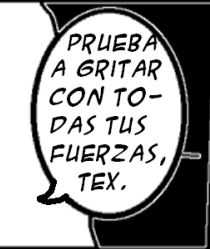
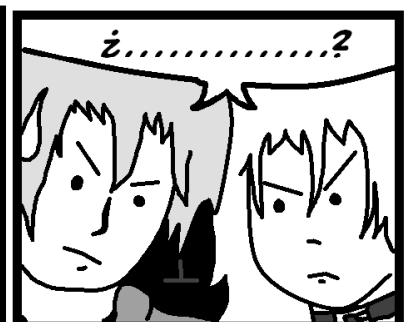
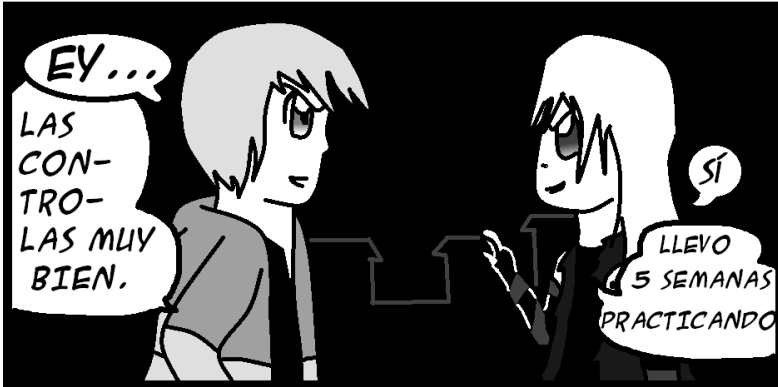
MI MARCA ESTÁ EN MI CUELLO.

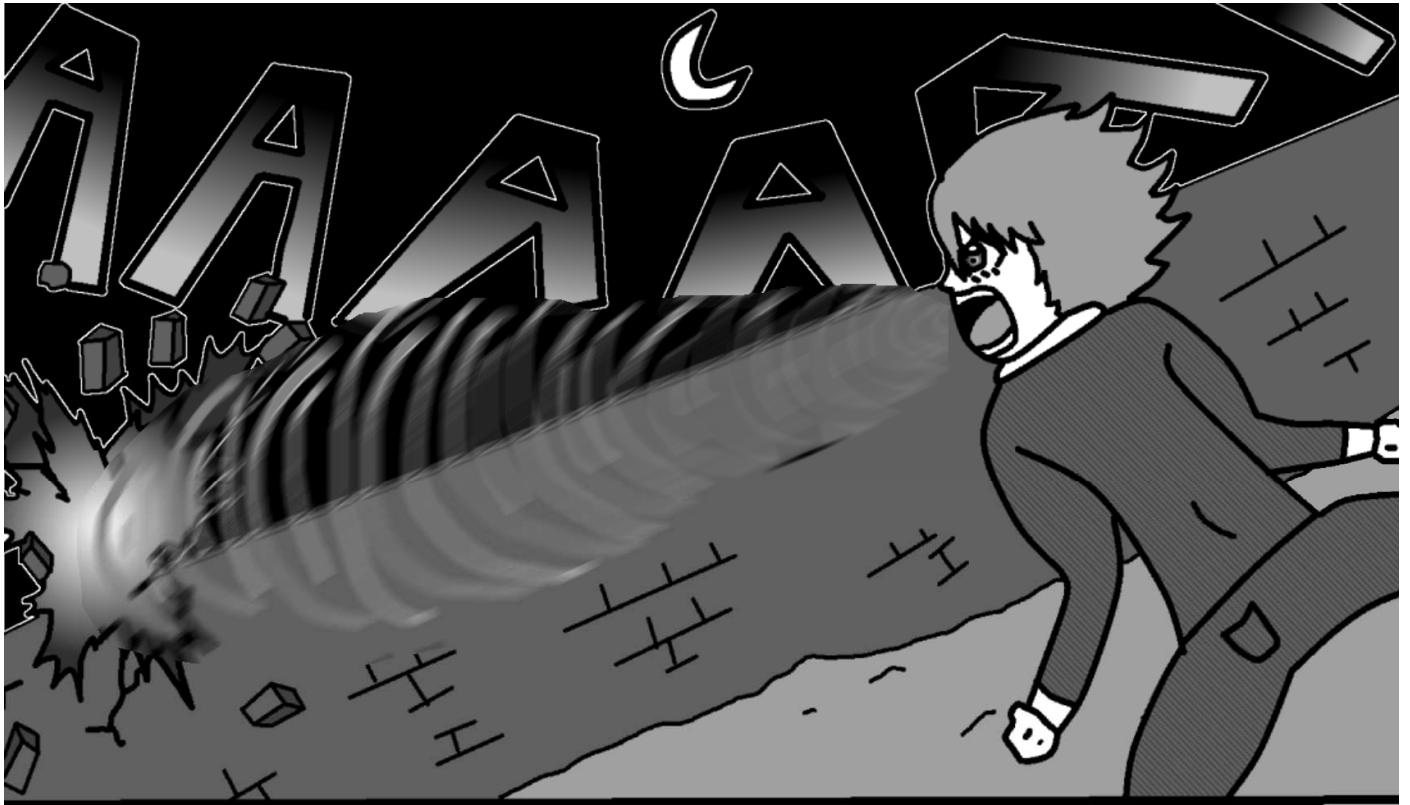


LA ESCONDO CON UN COLLAR.









¡IGUAL!! MENUDA POTENCIA TIENES, TEX!!!

YO PODRÍA HACER LO MISMO ¿EH?

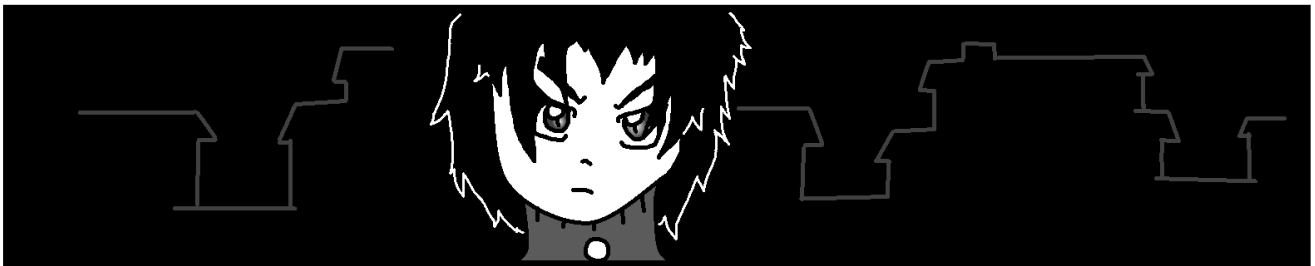
¡FLIPANTE!

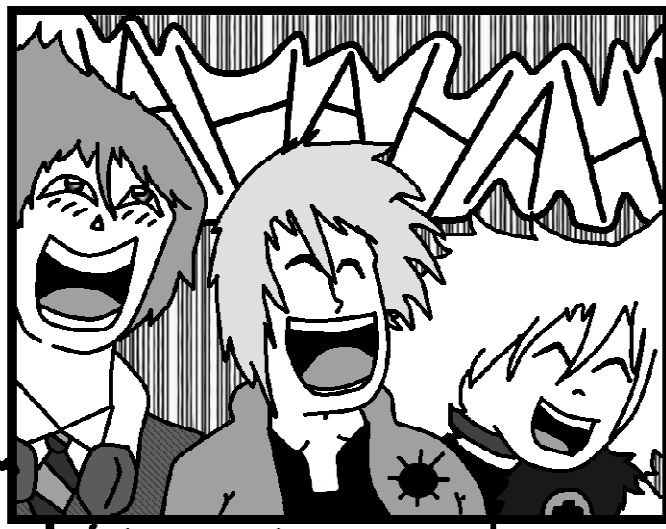
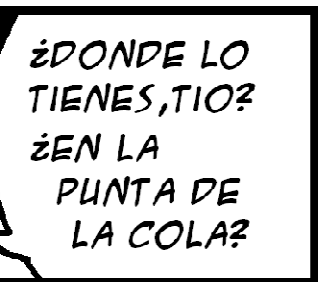
EL PODER DE TEX SI QUE ES INTERESANTE. NO SOLO ALTERA LAS ONDAS SONORAS AJENAS A ÉL.....

...SI NO QUE ÉL MISMO PODRÍA USAR SUS PROPIAS ONDAS SONORAS DE UN MODO FÍSICO

BUENO, AHORA ME TOCA A MI









¿POR QUÉ? ¿QUÉ TE PASÓ? ¿QUÉ HICISTE?



MARO, FUE UNA MALA EXPERIENCIA

SI NO QUIERE CONTARLA, NO TE HABLIGAREMOS.

JODER.

¡SUMMER BASTA!



VOSOTROS HABEIS CONFIA-DO EN MI CONTANDO VUESTROS TESTIMONIOS.



SUPONGO QUE TENGO QUE DEVOLVEROS ESA CONFIANZA.

TRANSFORMÉ... UNA TAZA EN UN PLATA, SIN QUERER. FUE TODA UNA SORPRESA, ESTABA IMPRESIONADO Y ATERRADO.



VAYA CAGADO

SALÍ DE MI CASA Y VI A MIS PIES UNA RATA MUERTA. TENÍA UN EDOR ASQUE-ROSO Y YO ESTABA ALGO ASOMBRA-DO.



VÍ A UN GATO CRUZANDO LA CALLE Y .. ME PARÉ A PENSAR. NO RE-CUERDO MUY BIEN LO QUE PENSÉ, SOLO QUE... EL GATO SE.... ¡DESPLUMÓ!

Y EL RATÓN SALIÓ CO-RRRIENDO CALLE ARRIBA. ¡EL RATÓN VIVO SALIÓ CORRIENDO!



¿HAS DI-CHO QUE MATASTE A UN GATO Y REVIVISTE A UN RATÓN?



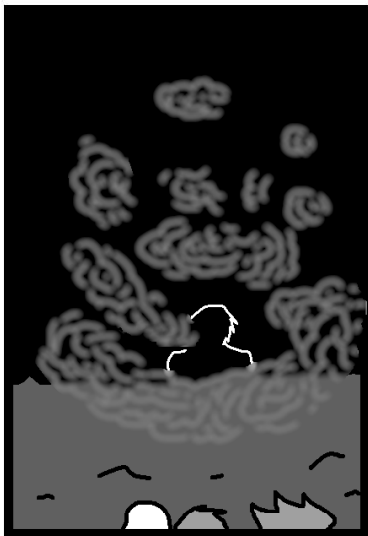
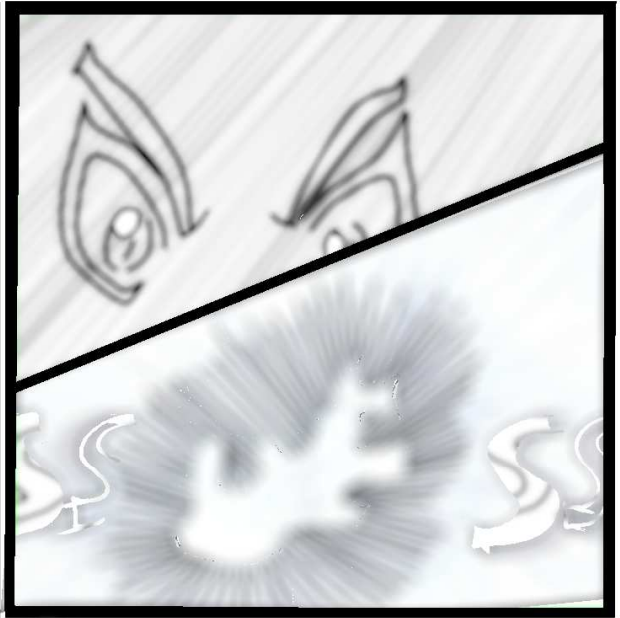
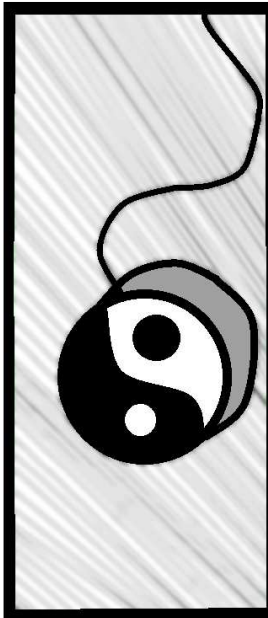
NO LO SÉ

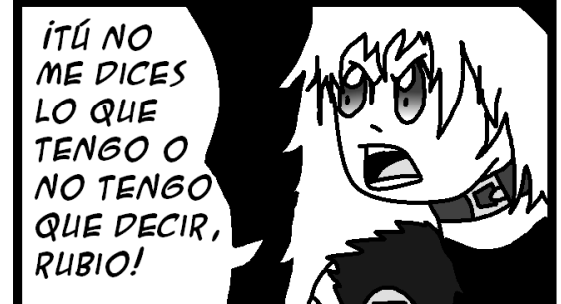
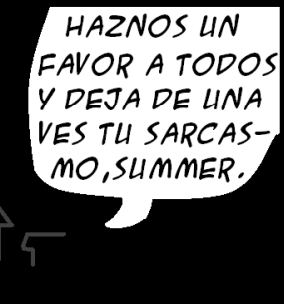


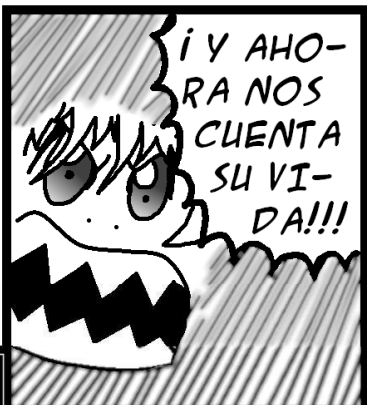
PERO SÍ SÉ QUE PUEDO CON OBJETOS.

ENTONCES... ¿PODRIAS?











¡PUES CLARO! AQUI HAY UNA FOTO DE NOSOTROS 2 JUNTOS.



VALE, ENTONCES NO CORREMOS PELIGRO ¿NO?

SUPONGO QUE NO



BUENO, SI LO PENSAMOS EN CIERTA MANERA, ESTAR EN LA MISMA CLASE ES UNA GRAN VENTAJA A LA HORA DE INVES



¡EH, EH EH!

¿VAMOS A ESTAR EN EL INSTI CON ESTE ROLLLO FRIKI TAMBIÉN?

NO QUIERO BAJAR MI MEDIA.



¿ACASO NO TIENES CURIOSIDAD DE RESOLVER EL MISTERIO?

HE VIVIDO 15 AÑOS SIN PREOCUPARME POR ESO ¿SABES?



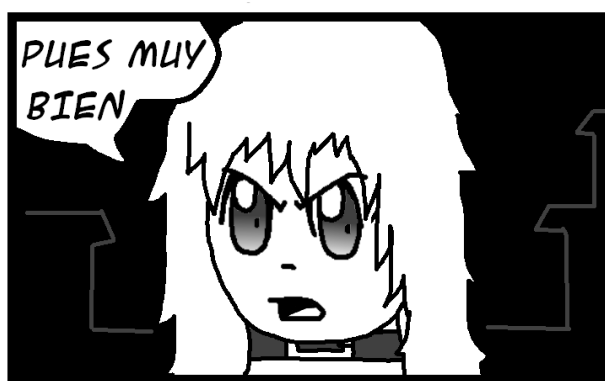
¡HACE 15 AÑOS NI NOS CONOCIAMOS!

¡A MI NO ME LEVANTES LA VOZ, IMBÉCIL!

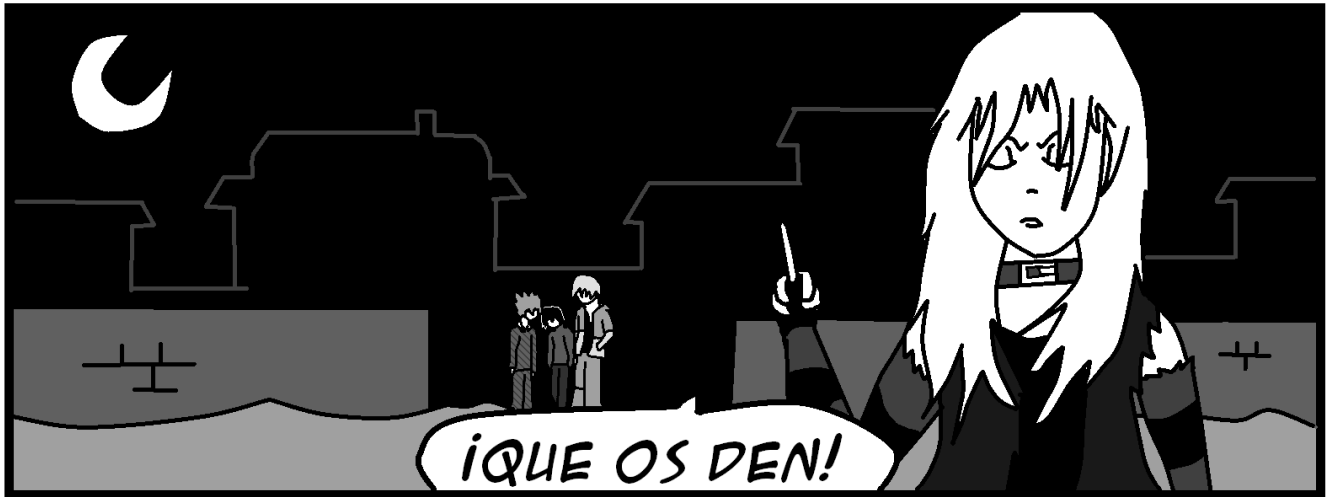


¡IDIOS! ¡ILLEVO AQUI SOLO 15 MINUTOS Y YA NO TE PUEDO NI ESCUCHAR!

¿POR QUÉ NO TE LARGAS DE UNA MALDITA VEZ?



PUES MUY BIEN

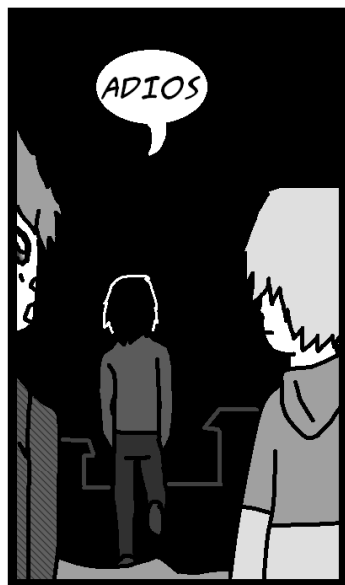


¡QUE OS DEN!



QUIZÁS SUMMER TIENE RAZÓN Y NADA PASE. TOTAL, NADA HA PASADO NUNCA ¿NO? ESTO NO IMPORTA

NO TE VAYAS TÚ TAMBIÉN, HELL



ADIOS

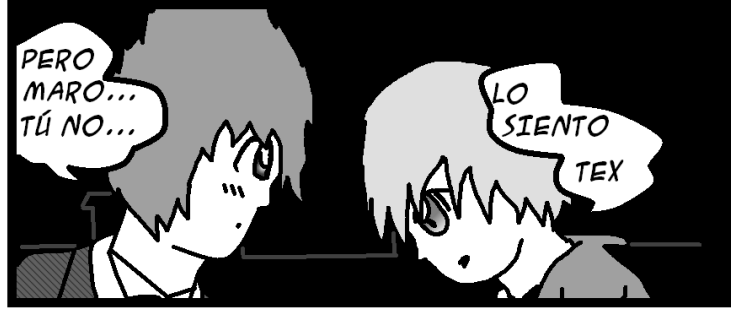


QUIZÁS SUMMER Y HELL TIENEN RAZÓN Y TODO SEGUIRÁ IGUAL.

SOLO QUIZÁS....



SIENTO HABERTE HECHO PERDER EL TIEMPO TEX



PERO MARO... TÚ NO...

LO SIENTO TEX



ADIOS



...



ADIOS, MARO



HEY, ¿DONDE ESTABAS?

DANDO UNA VUELTA, JOANNA ¿YA ESTÁ LISTA LA CENA?

SI ¿SABES QUIEN HA VENIDO A CENAR? CELSO

¿SÍ?
¡GENIAL!



HOLA, MARO

¿QUÉ PASA, HIJO?!

HOLA

URIEN, NO LE GRITES ASÍ QUE NO ES SORDO.

¿NO? MMMM
HABRÍA QUE HACERLE PRUEBAS.

PAPÁ, OIGO BIEN

¿QUÉ DICES, HIJO? NO TE ESCUCHO!!

ME LO CARGO.



PAPÁ, MAMÁ HA DICHO QUE PONGAS LA MESA, POR FAVOR

¿QUÉ? VALE.



¿TE ENCUENTRAS BIEN, MARO?

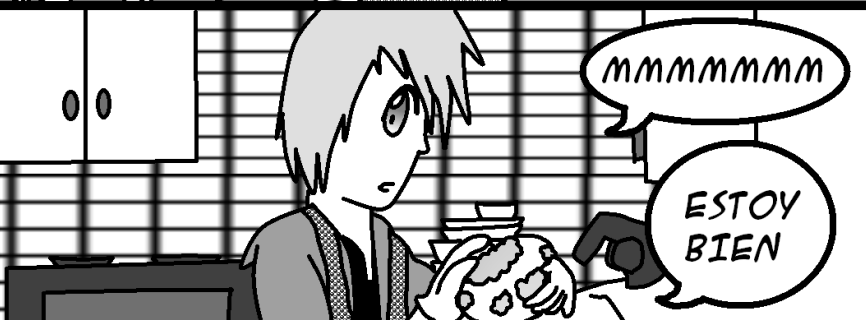
¿EH?



LA CENA FUÉ REALMENTE BUENA. CELSO RANCH ES UNA BUENA FIGURA PATERNA. TODO LO QUE MI PADRE NO ES.



ME QUITÓ TODO EL ESTRÉS QUE SUMMER Y MI PADRE ME HABÍAN OCASIONADO, HOY HA SIDO UN DÍA MUY EXTRAÑO, PERO A LA VEZ MUY CURIOSO.

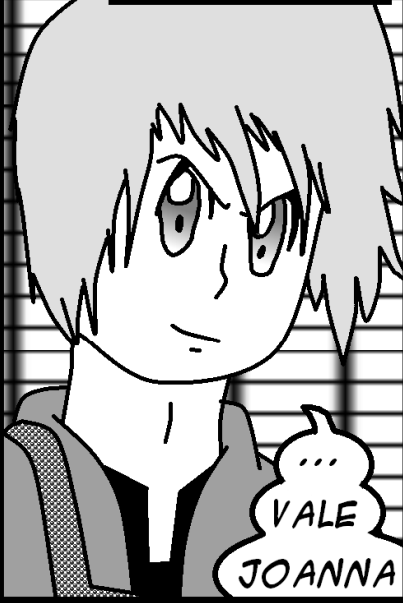


ESCUCHA, SOY TU HERMANA Y QUIERO QUE SEPAS QUE PUEDES CONFIAR EN MI PARA LO QUE SEA.



¿VALE?

... ¿QUÉ LE PASA HOY AL MUNDO?



... VALE JOANNA

TRANQUILO. DAME EL DELANTAL. YA SIGO YO



PERO SI EL CALENDARIO DICE QUE ME TOCA A MI.



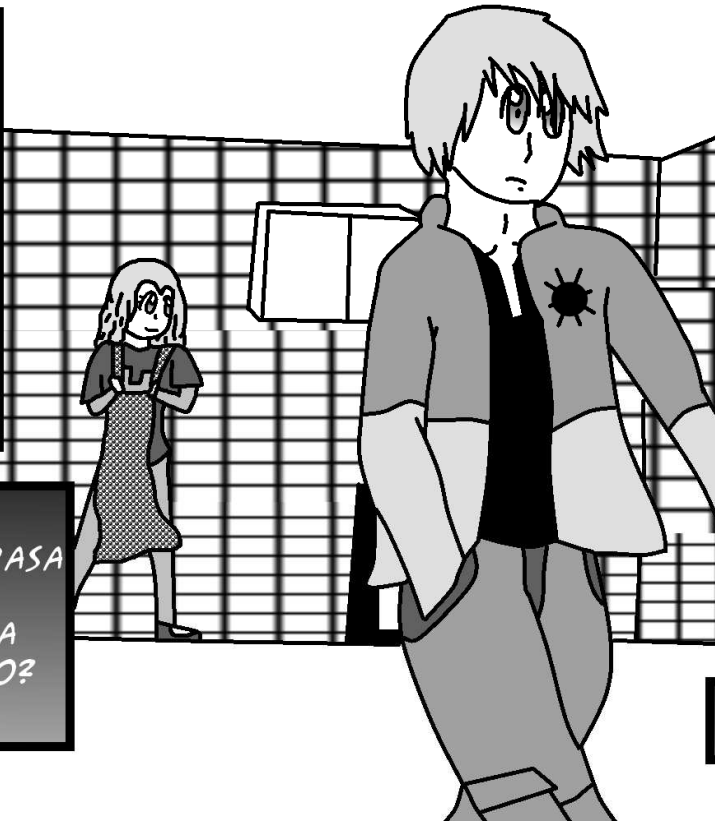
EH, NO HAGAS QUE ME LO PIENSE 2 VECES



JE, VALE.

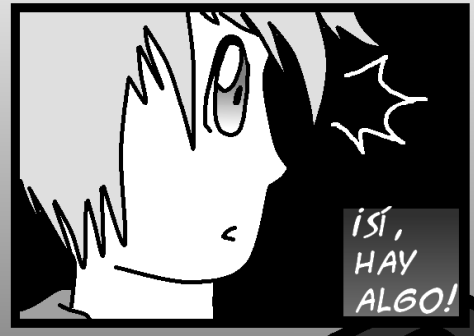
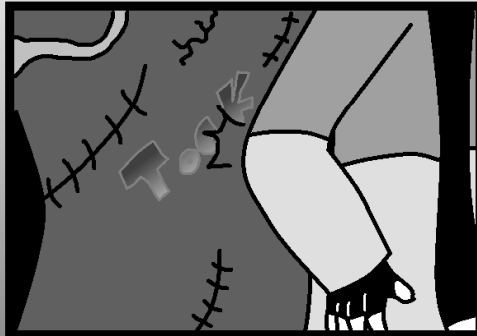
PARECE QUE EL DÍA SE VA ARREGLANDO AUNQUE YA CASI ESTÉ TERMINANDO

¿QUE LE PASA HOY AL MUNDO? ¿A MI MUNDO?



BUENO, QUIZÁS SUMMER TIENE RAZÓN Y NADA VA HA PASAR. TODO SEGUIRÁ IGUAL EN NUESTRAS VIDAS. QUIZÁS EL DÍA DE MAÑANA ME RÍA DE ESTO...

ENTONCES...



¿QUIEN ES ESTE COLOSO Y QUÉ HACE ESPERANDO A MARO EN SU PROPIO JARDÍN? PRÓXIMO CAPÍTULO: nº3 MI 1º EXPERIENCIA



NOMBRE:

Es el superlativo de Galiel(o Gabriel) fácil ¿no?

¿DESDE CUANDO DIBUJO?

Dibujar dibujar ni me acuerdo,pero empezar a hacer cómics desde los siete años, con una serie de un dúo de superheroes.

INFLUENCIAS:

Mi primera influencia son los personajes de los sesenta creados por Stan Lee. Como influencias actuales Brian Michel Bendis,Grant Morrison o Jesulink,y obviamente Alan Moore,Neil Gaiman y Frank Miller.

CÓMICS PREFERIDOS:

- Ultimate Spiderman
- Marvel 1602
- El retorno del caballero oscuro
- 5 elementos
- From Hell
- Watchmen
- 20th century boys
- Billy bat

GALIELÓN

En CHM tenemos más cómics de Galielón: lee *Razones por las que no debes llevar a tu novia a ver una película de frikis* en CHM#1, *La marca del destino* en CHM#2, *Birthmark.1* en CHM#4, *¿Qué pasaría si en nuestra historia hubieran intervenido... personajes de ficción?* en CHM#5, *Una cosa menos* en CHM#6 o *¿Este San Valentín lo has pasado solo?* en CHM#8 (y la portada de CHM#3 o la portadilla interior de CHM#7). Y puedes visitarle en <https://www.youtube.com/user/GalielonComics>

El baile de máscaras

Enone Cantosereno

La música de los violines inundaba la sala en la que cientos de personas, apenas reconocibles bajo las máscaras, bailaban y reían celebrando el final de un invierno más frío y cruel de lo normal. Todos los miembros de las grandes familias de Eileen estaban allí, disfrutando de los cálidos ponches aromatizados con canela y de las delicias que los cocineros del rey habían preparado para aquel día.

Al fondo, junto a las vidrieras que conmemoraban la fundación de la ciudad, el rey y la reina observaban con satisfacción a sus nobles, conscientes de que aquel baile reforzaría las alianzas que mantenían con algunas de aquellas familias y serviría para forjar alguna nueva. La reina sonrió señalando levemente con la cabeza a dos figuras que se hallaban inmersas en un baile rápido.

—Katia se está divirtiendo—comentó la reina.

—Friederic es un buen muchacho—contestó él con una sonrisa igualmente satisfecha—. La unión nos bendecirá de muchas formas, Lilia.

La música del baile había cambiado y los bailarines, con los ojos brillantes por la emoción, se alejaron para hacer la reverencia acostumbrada antes de empezar a bailar la siguiente pieza. Sin embargo, los reyes observaron con preocupación y sorpresa cómo su hija, con una sonrisa, despedía a lord Friederic para dar la mano a un nuevo bailarín.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó la reina.

—Liam—llamó él y un hombre de aspecto amenazante se acercó al trono—. Averigua quién es ese hombre que está bailando con mi hija.

—Sí, majestad—respondió él, sin alzar la vista hacia la pareja real.

La música había vuelto a sonar, envolvente y embriagadora, haciendo que los bailarines volvieran a mecerse alrededor de la sala como si fuesen hojas impulsadas por el viento. Katia sonreía a su nuevo acompañante y estudiaba con interés los rasgos que no quedaban ocultos tras la extraña máscara que cubría su rostro. Los ojos, azules como el cielo veraniego, la observaban con lo que ella intuía que era una pizca de diversión, algo que se veía reflejado también en sus labios.

—¿Quién sois?—se atrevió a preguntar mientras giraban al son de la música—. Juraría que no os conozco de antes.

—Y, sin embargo, habéis aceptado este baile—comentó él con una sonrisa traviesa—. Cualquiera otro pensaría que estabais buscando a alguien que os alejase del joven con el que estabais bailando.

La muchacha frunció el ceño sin saber qué responder a aquella insinuación. Era cierto que su baile con Friederic no había resultado tan agradable como ella esperaba, sobre todo porque el joven había decidido aprovechar aquel momento para hablar con ella acerca de las parcelas que poseían y cómo su matrimonio podría mejorar la estabilidad política del reino; pero, ¿había resultado tan evidente su incomodidad? El desconocido que la tomaba delicadamente entre sus brazos parecía haberse dado cuenta, desde luego.

—¿Tan evidente resultaba, mi señor?—preguntó ella intentando sonar menos nerviosa de lo que en realidad estaba.

—No—respondió él con dulzura—, solo un buen observador se habría dado cuenta de ello.

—¿Eso quiere decir que vos me estabais observando?—inquirió ella divertida antes de girar sobre sí misma.

—No podría negarlo—contestó él —, pero no creo que vos me creyeráis a estas alturas.

—No—admitió ella riendo.

La música cesó y ellos se quedaron en suspenso, mirándose con intensidad mientras el resto de parejas se disolvía y el salón empezaba a despejarse.

—Parece que es hora de descansar, alteza—comentó él, mientras se separaba de ella con una sonrisa—. Ha sido un placer—dijo mientras hacía una reverencia.

—Espera—pidió ella conteniendo el aliento mientras esperaba que él se girase.

—¿Sí?

—No me has dicho tu nombre—contestó con una sonrisa coqueta y el corazón latiendo a mil por hora.

—¡Ah!—exclamó con suavidad y, mientras lo hacía, se acercó a ella y se inclinó hasta que su rostro rozó el de ella—. Quizás en la siguiente ocasión logres descubrirlo, princesa—susurró y Katia notó el cosquilleo de su aliento acariciando su cuello.

—Majestad.

Katia sintió que el calor que momentos antes había envuelto su cuerpo desaparecía dejando pasar a un frío intenso. Abrió los ojos sin entender bien qué había pasado y vio el rostro grave de Liam, el consejero y guardia de su padre, a pocos pasos y, de pronto, fue consciente del perfume dulzón de su acompañante y de la cercanía entre sus rostros. Él sonreía, travieso, mientras se alejaba de ella y se inclinaba respetuosamente, como si nada hubiese pasado.

—¿Qué pasa, Liam?—preguntó ella enfadada con aquel hombre que había roto el hechizo.

—Será mejor que venga conmigo—dijo él y, a pesar de que no se lo había ordenado directamente, Katia sabía perfectamente que aquello no era una petición—. Sus padres quieren hablar con usted.

Los ojos azules del desconocido la observaban claramente divertidos y ella sintió cómo sus mejillas empezaban a arder antes de girarse para buscar el rostro de sus padres. Los dos la miraban con semblante serio y Katia supo que su baile con el desconocido no había pasado desapercibido.

—Majestad, ha sido un auténtico placer disponer de este baile con usted—dijo el desconocido y Katia le observó intrigada mientras se inclinaba para besar su mano con elegancia—. Mañana a medianoche estaré en el jardín, junto a la fuente.

—El placer ha sido mío, milord—contestó ella turbada al escuchar la cita susurrada—. Espero volver a verle pronto.

El desconocido sonrió y, con una leve inclinación hacia Liam, se alejó de ellos, confundiendo entre los invitados enmascarados. Katia se mantuvo inmóvil, con una sonrisa satisfecha en los labios, hasta que notó la mirada de Liam clavada en ella con impaciencia. Entonces suspiró y siguió a su escolta hasta los tronos de madera tallada en los que sus padres se encontraban.

Katia paseaba a oscuras en su habitación sintiéndose como una estúpida por lo que estaba a punto de hacer. Sus padres le habían prohibido expresamente que volviese a ver a aquel hombre, pero ella no podía olvidar el olor afrutado de su cuerpo ni la calidez de su aliento contra su piel.

Por no hablar de sus ojos y sus labios que habían estado presentes en sus sueños de maneras que aún la hacían enrojecer al recordarlas. Se detuvo junto a la ventana y la abrió para acceder al balcón. La luna estaba llena y, aunque algunas nubes cubrían el cielo, los jardines tenían una iluminación tenue, casi mágica. «Es como en los cuentos que mi madre me contaba de pequeña», pensó con nostalgia.

En la distancia, el reloj de la torre empezó a sonar para anunciar la llegada de la medianoche. Katia suspiró y, armándose de valor, abandonó la seguridad de sus aposentos para adentrarse en las sombras del jardín en el que tantos buenos momentos había pasado. Los senderos, cuidados y hermosos a la luz del día, resultaban tenebrosos a esas horas y Katia sintió la necesidad de acelerar sus pasos mientras se cubría el rostro con la capa negra que había escogido para la ocasión. Pronto la pequeña plaza en la que se encontraba la fuente dedicada a las estaciones apareció ante sus ojos y allí, sentado en el borde, esperaba una figura alta y encapuchada. Katia se detuvo sin saber bien si aquello era buena idea. Miró tras de sí y suspiró. Ya no podía echarse atrás.

—Veo que has acudido a la cita—comentó la figura—. Me alegra volver a verla, majestad.

Katia se acercó a la fuente y la figura se levantó con elegancia. El joven desconocido se acercó hasta ella y, con la capucha cubriendo su rostro, se inclinó y tomó su mano para besarla. Katia sintió un escalofrío y, de nuevo, el calor que se apropiaba de todo su cuerpo.

—Me dijiste que la próxima vez adivinaría tu nombre—dijo ella con dulzura.

—Es cierto, Katia—respondió él con cierta diversión—, pero, dime, ¿qué cambiaría el hecho de conocer mi nombre?

La joven iba a contestar cuando su acompañante se quitó la capucha y dejó al descubierto un rostro hermoso en el que sus ojos, completamente azules, resaltaban gracias al color oscuro de su cabello. Él se acercó y, tal y como había hecho en la fiesta, acercó sus labios a su oído, haciendo que un nuevo escalofrío recorriese su cuerpo.

—Dime, Katia, ¿te agrada mi rostro?—susurró el desconocido mientras sus manos apartaban los mechones que cubrían sus oídos.

—Eh...sí..claro—balbuceó ella sintiendo que empezaba a sonrojarse.

—A mí también me agrada tu rostro—contestó él acercándose tanto que Katia pudo sentir cómo el vello de su cara rozaba su rostro—. Me gustan tus ojos porque me recuerdan el color del verano, ¿sabes?—continuó él con una voz seductora—. Pero también me gusta el color oscuro de tu pelo, negro como la noche, y tu olor...tan dulce...

Katia gimió al sentir sus manos acariciando su espalda y él se separó con una sonrisa torcida que le hacía parecer aún más atractivo, pero también peligroso. La joven dio un paso atrás al ver la amenaza que se ocultaba tras aquel rostro angelical, pero su cuerpo parecía pensar lo contrario y se negaba a continuar con la huida.

—¿Quién eres?—susurró ella expectante.

—No importa cómo me llamo, princesa—contestó él con dulzura—. Lo que importa es lo que ambos queremos.

Katia sentía el corazón palpar con desesperación dentro de su pecho mientras él se acercaba y posaba una de sus manos sobre su mejilla. En su interior el fuego había vuelto a inflamarse cada terminación y sentía la necesidad imperante de que aquel hombre desconocido de mirada salvaje se acercase a ella más.

—Así pues, princesa, ¿qué es lo que ambos queremos?

Katia apenas pudo empezar a pensar una respuesta antes de que los labios de él se posasen en los de ella con una salvaje dulzura que la hizo gemir de placer. Entonces sintió que su cuerpo respondía a aquel estímulo y se arqueaba para acercarse al cuerpo de aquel hombre que, con su mera presencia, había conseguido despertar el fuego de su interior. Las manos de él continuaban posadas sobre su rostro, pero su cuerpo se había acercado tanto a ella que podía sentir el calor que él irradiaba y el dulce aroma que despedía. Volvió a gemir cuando una de las manos abandonó su rostro para posarse sobre la parte baja de su espalda y, entonces, cuando ya creía que no podría soportarlo más, él se alejó de ella, con una sonrisa traviesa.

—¿Quieres pasear conmigo, princesa?—preguntó al tiempo que se ponía a su lado y tomaba galantemente su brazo.

Cada paso resultaba una tortura. Apenas podía resistir la tentación de mirarle y, cada vez que lo hacía, él inclinaba el rostro para depositar un beso cargado de promesas en sus labios anhelantes. Ella gemía cuando él alejaba los labios y él sonreía mientras avanzaba, con seguridad, por senderos que Katia no reconocía. Y, así, pronto llegaron al invernadero de su madre, allí donde ella cultivaba sus preciadas flores. Katia se sorprendió de que aquel hombre supiese dónde estaba el invernadero, ya que se encontraba en una parte privada de los jardines y eran pocos los que conocían su existencia. Aun así, él la condujo al interior y, una vez que hubo cerrado la puerta, se abalanzó de nuevo sobre ella. Su lengua jugó con sus labios mientras sus manos recorrían con la seguridad de un experto el cuerpo tembloroso de la joven que, entre espasmos de placer, luchaba por arrimarse al de él. Apenas fue consciente de que él estaba quitándole la ropa y tampoco la importó, se dejó llevar y gimió cuando, en medio de un beso intenso y húmedo, él la arrastró al suelo y se puso sobre ella. Entonces, mientras su cuello recibía los ataques de la boca del desconocido, Katia se sintió desfallecer de placer y gimió al tiempo que rodeaba el cuello de él con sus brazos desnudos.

La claridad del sol hizo que se revolviese y abriese los ojos lentamente. Primero vio las flores y después su ropa, amontonada en el suelo. Katia se sonrojó al darse cuenta de que estaba totalmente desnuda en el invernadero de su madre y se irguió sobresaltada al escuchar voces en el exterior. Buscó al joven desconocido, pero no había nadie con ella.

—¿Qué has hecho, niña?

Katia se horrorizó al reconocer la voz de su madre teñida de miedo y se giró para encontrarse con ella a su espalda. La reina estaba pálida y las flores que llevaba en sus manos se habían caído a sus pies. Los ojos de su madre fueron de su cuerpo desnudo al montón de ropa que había a su lado y Katia siguió también la mirada de su madre para encontrar que, sobre el vestido que él la había quitado la noche anterior, descansaba la máscara con la que el desconocido había cubierto su rostro en la fiesta. Katia gimió al incorporarse. Se sentía totalmente dolorida y avergonzada. Había entregado su virginidad a un completo desconocido, un desconocido al que no sabía siquiera si volvería a ver.

—Te dijimos que te alejarás de él, Katia—musitó su madre horrorizada y con los ojos llorosos—. Debiste hacernos caso...

—Mamá...yo...—balbuceó ella, pero la verdad era que no sabía qué decirle—. Lo siento.

—No lo entiendes, hija mía—sollozó mientras se arrodillaba junto a su hija y la besaba en la frente—. Te has entregado al Oscuro y ahora le perteneces.

Katia frunció el ceño al escuchar el nombre de aquel ser de leyenda que las madres solían usar para asustar a los niños que no querían permanecer en casa al anochecer. Su madre le había contado muchas historias sobre el Oscuro, pero el joven con el que había pasado la noche era tan humano como ellas.

—Estás equivocada, mamá.

—Eso da igual—suspiró ella con resignación—. A partir de ahora tu hogar ya no es éste, Katia. Quedas expulsada de esta casa. Que las sombras te acojan.

Katia observó aterrorizada como su madre se levantaba y salía del invernadero sin mirar hacia atrás. Las historias decían que las jóvenes que yacían con el Oscuro quedaban malditas y debían ser expulsadas de sus hogares para que pudiesen encontrar consuelo en las sombras de los bosques, pero eran solo leyendas. Eso no podía estar pasando. Ella había cometido un error, eso lo entendía, pero su madre no podía creer de verdad que el Oscuro existía...

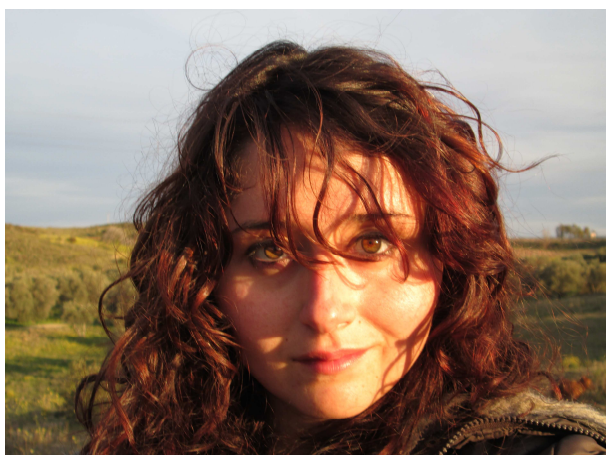
—Princesa.

Katia se sobresaltó y buscó el origen de la voz hasta distinguir, entre las sombras, la figura del desconocido que la miraba con una sonrisa satisfecha.

—Debes contarles la verdad—suplicó ella—. No pueden creer que tú eres un ser de leyenda...—su voz se quedó sin fuerza cuando sintió que sus dedos, ansiosos por acariciar el rostro de aquel joven, traspasaban la imagen como si fuese una sombra—. No puede ser...—sollozó dejándose caer en el suelo y cogiéndose el rostro con las manos—. Me has engañado...

—Querida mía, tú lo deseabas tanto como yo lo hacía—contestó él y, agachándose a su lado, tomó su rostro entre sus manos—. Ven, princesa, yo te guiaré a tu nuevo hogar.

Enone Cantosereno



Mi nombre es Tamara Díaz Calvete, aunque muchos me conocéis por mi nombre de guerra en las redes: Enone Cantosereno, y, aunque no tengo un gran currículum literario, me siento muy orgullosa de mis pequeños logros entre los que se cuentan un blog literario con un gran número de relatos (Páramos de Soledad), mis colaboraciones con esta maravillosa revista (¡gracias por la oportunidad!) y la publicación de *La sombra de una esperanza*, la

primera parte de la trilogía fantástica *Eterna Oscuridad*, que podréis encontrar a la venta en Amazon (formato digital).

En CHM tenemos más relatos de Enone: lee *La última noche* en CHM#5 o *Lo inevitable del amor* en CHM#8. Y puedes visitarla en <http://sagaeternaoscuridad.blogspot.com/>

EN EL PUNTO DE MIRA

La

resistente

fealdad

de lunes a viernes

UN Manual

perdido

Para

la

supervivencia

ajardinada

LA HISTORIA DE

VEINTIDÓS

amantes

funcional

y

adaptable

al

desasosiego

NEGOCIOS

metros

reloj

calefacción

agua

bancos,

Los libros orientados, al

GRIS

ciudad

ahora

VÉRTIGO

CON

novedad

especial.

helicóptero..."

el CUADERNO

de **MAR**

aéreo

tiene

solapas de

poesía

ESCRIBE

CARMEN MEMBRILLA OLEA

Nace en Guadix (Granada) en 1969. Estudia Filología Hispánica en la Facultad de Filosofía y Letras de Granada. Ejerce como profesora de Lengua Castellana y Literatura en el IES «Padre Poveda» de Guadix. En abril de 2012 ve la luz la antología poética *Cuatro intentos de aproximación a la mentira*, en la que publica catorce poemas. Colabora habitualmente en el periódico *Wadi-as* y mantiene una intensa actividad en Facebook donde, además de su página personal, administra *El Club de las Poetisas*, una página literaria dedicada a la expresión poética. En octubre de 2013 obtiene, con su audiovisual *Guadix y la poesía*, el primer premio en el I Concurso de Presentaciones Poéticas de Temática Local organizado por la Biblioteca de Guadix. En marzo de 2014 participa junto al fotógrafo accitano Ramón Sánchez Reyes (Pícaro Digit) en la exposición fotográfica *Guadix, Azul y Oro*, complementando las fotografías con textos escritos en prosa poética. Muchos de sus textos han sido seleccionados para formar parte de distintas antologías. Ha participado en la antología poética internacional *Mujeres y sus plumas*, libro digital en apoyo a la lucha contra el cáncer de mama. En junio de 2014 lanza de forma independiente, en las redes sociales, su poemario digital *Diario de ausencias*. En agosto de 2014 funda, dirige y edita, junto a la escritora argentina Cecilia Ortiz, la revista digital y literaria *Gealittera*. Es autora del poemario inédito, *El Quemador de esencias*, y escribe con regularidad en el blog que lleva el mismo nombre.



En CHM tenemos más relatos de Carmen: lee *Ráfagas* en *CHM#3*, *Aventura pirata* en *CHM#4*, *Utópico* en *CHM#7* y *Como si nada existiera* en *CHM#8*. Y puedes visitarla en: <http://elquemadordeesencias.blogspot.com.es/>

ABDUCCION

Juan Jesús Hernández

El olor de los excrementos se mezclaba con el del sudor, el sonido de los llantos nerviosos se había ligado con las risas frenéticas. El miedo se había apoderado de muchos, pero la mayor parte de aquellos hombres eran veteranos, curtidos en anteriores batallas, habían aprendido a controlar sus nervios.

Los jóvenes en cambio no se habían unido a las compañías del este para aquello. Habían soñado con gloria, batallas famosas, honor..., nadie les había hablado de que muchos no podían controlar sus esfínteres antes de empezar, ni de cómo se les clavaban los pies al suelo ante la visión de la caballería enemiga.

El redoble de los tambores llegaba desde la distancia, los primeros rayos del amanecer rebotaban en las armaduras de los jinetes, haciendo parecer a los enemigos estrellas caídas del cielo que ardían sobre la tierra.

El sonido de un cuerno en alguna parte anunciaba una carga, y el suelo empezó a temblar a medida que se acercaba. Listos para recibir el ataque, los valientes guerreros de las compañías del este alzaron sus lanzas.

Se iba a derramar mucha sangre antes de que el sol terminase su recorrido diario.

Así comenzaría la historia de Argus Clans, listo para recibir su primera herida de guerra y sobrevivir a duras penas de su primera batalla, punto de inflexión para toda la historia en la que viajaría, vería mundo, conocería a algún monstruo, conocería sus costumbres, descubriría sus debilidades y virtudes, lo mataría, vería más mundo, conocería a otro monstruo, conocería sus costumbres... también se encontraría en algún momento con Eloise, la que sería el amor de su vida...

Pero esta no es la historia de Argus Clans, y no nos ubicamos en un campo de batalla antes de una carga brutal, sino en un lugar relativamente limpio con Manolo, un panadero entrado en años que mira con curiosidad a su alrededor, sentado desnudo en una especie de camilla.

Pero no está solo, sino que mira a dos tipos extraños que ocupan dos asientos ante él. Cualquiera miraría a los dos extraños, especialmente porque parecen humanos en algunos aspectos como, por ejemplo, la cantidad de ojos, la ubicación, la utilidad..., pero claro, no en el tamaño, ni en el número de dedos en cada mano. Tampoco tienen el mismo color de piel que Manolo, pero aunque hablamos de una piel de un intenso color verde fosforito, no le daremos importancia, porque llegarían los grupos de corrección moral y nos tacharían de racistas.

Hablamos de aliens, por supuesto, pero para evitar acabar en la hoguera de la corrección moral (que aunque no tiene llamas de verdad te deja twitter lleno de comentarios airados) los llamaremos "señores que han venido de otro planeta, que físicamente tienen otras características diferentes, pero que igualmente son gente muy válida".

—Así que... panadero —murmura uno de ellos, al que llamaremos Azthalcual.

Manolo asiente.

—Sí, apuntadlo bien, soy muy útil para hacer pan, y si me necesitáis como procreador en una granja de humanos, pues con resignación iré a cumplir con mi obligación.

Los dos aliens se miran, pensativos.

—Ya..., sí, claro, las granjas... —el otro alien, al que llamaremos Rodrigo, niega despacio—. Bueno, a ver..., sí, esto..., tu líder.

Con un suspiro de cansancio, Manolo niega.

—Ya os lo he dicho, no tengo líder, no estoy en ninguna secta..., bueno, a ver, soy cristiano, y en semana santa suelo cargar el paso con los de mi hermandad, y bueno, también estoy en el Círculo de Lectores...

Los grandes ojos compuestos de los aliens se encuentran una vez más.

—Esto..., a ver. La Tierra, ¿quién manda en la Tierra? —pregunta Azthalcual.

—Ah, pues yo eso no lo sé —responde Manolo—. Yo es que soy panadero, ¿se lo he dicho?, estaba yo tranquilamente criticando a los pájaros del parque y tal, y...

—¿A los pájaros? —al parecer, la información interesa a Rodrigo.

—Sí, esos vagos de mierda. Uno se pasa toda la noche trabajando duro para hacer el pan, y luego va al parque, y se encuentra a esos gorriones crápulas mendigando comida —el humano gruñe—. Y la gente va, y les lanza migas de pan, ¡el pan que con tanto esfuerzo hago yo!, entonces yo recojo las migas y les grito eso de “¡buscaos un trabajo, panda de harapientos con plumas!”, y me las llevo a la panadería.

Azthalcual parece nervioso.

—Bueno, sí, los pájaros. A ver, tu líder... —se vuelve hacia el otro alien—. ¿Por qué el humano se ha desprendido de sus ropas?

—Ni idea, en cuanto le dije que había sido abducido me dijo “ah, vale, creo que sé cómo funciona el tema”, y empezó a quitarse la ropa sin más.

—Qué raros son estos humanos —murmura Azthalcual—. A ver, cuando tienes algún problema o necesitas algo... alimentos, justicia..., ¿a quién recurre en la Tierra?

Manolo sonríe, ésta respuesta se la sabe.

—A mi María.

—Tu...

—Mi María, mi mujer. Es la que se ocupa de todo en casa, y cuando necesito algo, se lo digo a ella.

Silencio mientras que los dos aliens se miran.

—A ver..., queremos hablar con el humano más importante de la Tierra, el más sabio de todos, el más influyente, el más...

Manolo interrumpe con una mano.

—Sólo a uno, por favor.

—¿Perdón?

—Si queréis al más sabio, o al mas influyente, al más importante..., elegid a uno.

Azthalcual parece sorprendido.

—Pero..., ¿es que en la Tierra no son todas las características necesarias para ser el líder?

—No, tenemos por ejemplo a los futbolistas, que suelen ser muy populares, y también a los empollones, que son muy listos, y también...

—¿Quién gobierna? —corta Azthalcual—. Supongo que algún tipo de consejo en el que estén representados todos los estratos sociales por igual.

Manolo respira aliviado.

—Ah, decís políticos. No, se los escoge por elecciones.

—¿Elecciones? —quiere saber Rodrigo.

—Si, todos votan para ver quién mandará por los próximos cuatro años —Manolo ve en el rostro de sus captores que no comprenden—. A ver, para que lo entendáis, ponemos a todos los posibles gobernantes en una plaza y dependiendo de las cosas que hagan mal, la gente les tira mierda. Al final del día, el que menos mierda tenga encima, es el que manda.

La idea escandaliza a los aliens.

—Así que elegís a vuestros líderes lanzándoles mierda...

—Bueno, realmente no, pero deberíamos. Es sólo un ejemplo.

Rodrigo apunta algo a toda velocidad, mientras que Azthalcual mira a Manolo.

—¿Y la Tierra tiene defensas ante ataques alienígenas? —No hay rodeos, las intenciones están claras—. Es para invadiros y esclavizar a la raza humana.

Manolo se encoje de hombros.

—No me contéis ahora vuestras vidas, yo sólo soy panadero —aclara—. A ver, tenemos a mucha gente que sabe tirar piedras con alguna fuerza, y tenemos a algunos famosos que dicen que han sido abducidos y tal. Pero bueno, yo no invadiría la Tierra, porque tal y como está, habrá que invertir mucho para reformarla y dejarla habitable.

—Defensas, ¿tenéis defensas? —Azthalcual parece molesto con el tema.

—Pues no lo sé, la verdad, pero que yo sepa, no muchas.

Los aliens toman apuntes, conversan entre ellos. Manolo no les presta atención, y se limita a contemplar el mundo más allá de la camilla y sus captores. Hay una especie de ventana por el que puede ver la Tierra en la distancia. El planeta azul es tal y como lo presentaban en esos documentales que veía haciendo zapping, como una roca enorme clavada en medio de la nada.

—Tu mundo, humano. En esa roca que tienes delante habitan casi todos tus congéneres, en ella nacen, viven, se enamoran, se divierten, lloran, ríen, y mueren todos los seres humanos —Azthalcual observa por unos momentos el planeta—. Supongo que te sientes sobrecogido ante tu propia insignificancia ante el resto de tu planeta, y la insignificancia de la Tierra ante la inmensidad del universo.

Manolo no le presta mucha atención.

—Un telescopio —murmura con curiosidad—. Desde aquí tiene que haber una vista cojonuda de las playas nudistas con un telescopio.

Rodrigo y Azthalcual se miran.

—Bueno, creo que ya es hora de devolverte a tu mundo.

Manolo asiente, conforme.

—Bien, bien. ¿Cuándo me vais a hacer lo de la sonda?

Más miradas entre los captores.

—¿La..., sonda?

—Sí. En fin, no puedo volver a la Tierra y contar que me han abducido, y decir que no me habéis hecho nada sexual —aclara Manolo—. Ser abducido y que no te metan una sonda en el culo, es como tener teléfono y que no te llame ningún comercial para venderte una promoción. La gente no podría creerlo.

Es un momento incómodo cuando, con intención de afianzarse en su decisión, Manolo se inclina levemente hacia el frente, dejando a la vista un objetivo claro a los dos aliens, que se miran asqueados.

—¿Y los vamos a invadir? —pregunta Rodrigo, dudando de su misión.

Azthalcual parece preocupado.

—Bueno, ya sabíamos que iba a ser una misión de reconocimiento complicada. Ocupate de darle lo que quiere, yo iré a informar a nuestros líderes sobre la conveniencia de invadir la Tierra..., no creo que esos humanos nos sirvan de mucho.

Dejamos a Manolo ocupado en sus asuntos mientras que Rodrigo utiliza un artilugio para darle al humano lo que espera de su captura.

No es esta una de esas historias sobre héroes y guerreros, sino la crónica de cómo un simple panadero consiguió salvar al planeta entero de la esclavitud, de por qué los extraterrestres empezaron a buscar nuevas formas de vida inteligente para esclavizarlas, y uno de los motivos por el que las petunias (el ser vivo más inteligente conocido) empezaron a desaparecer tiempo después, reapareciendo algunas de ellas meses después hablando (o lo habrían hecho de tener la capacidad) sobre viajes en extrañas naves espaciales y preguntas sobre su sociedad.

JJ Hernández



Juan Jesús Hernández (Bornos, 1989)

Comienza a escribir muy joven y, aunque ha probado diferentes géneros, la mayor parte de sus novelas se enmarcan en la fantasía épica, género por el que siempre ha sentido predilección. Tras ser premiado en varios concursos literarios, publicó su primera novela, *La ira del dios oscuro*, en 2008, y el año siguiente *El vuelo del dragón negro* (ambas con Eldalie Publicaciones). En 2012 participó en la antología benéfica *Leyendas de la caverna profunda* con su relato *Aliado de las sombras*.

En CHM tenemos más relatos de JJ: lee *La guía de supervivencia zombie para tontos* en CHM #2, *Gudnar, aprendiz de héroe* en CHM #4 o *Amor turbio* en CHM #8; y puedes visitarle en: <http://ex-mundo.blogspot.com.es/>

ÚLTIMAS PALABRAS

Jorge Urreta

No esperaba que papá me llamara de madrugada, y menos para decirme que mi tío Bernardo, que yo pensaba que me odiaba, me reclamaba en su lecho de muerte. Acudieron a mi mente multitud de recuerdos, sobre todo tristes, acerca de nuestra tortuosa relación. Llevaba más de quince años fuera de la casa familiar y apenas pensaba en él.

En el metro camino de la clínica en la que pasaría sus últimos momentos, no pude evitar pensar en aquellas veces en las que, de un modo u otro, me hizo sentir una fracasada. Papá, la persona que, según decía, mejor le conocía, sostenía que lo hacía porque quería verme triunfar en la vida, pero nunca dejé de pensar que, como otros en la familia, tío Bernardo prefería que yo hubiera nacido hombre, como casi toda mi familia paterna. En mi se cortó esa estirpe de machos frente al fútbol con una lata de cerveza o quemando salchichas en la barbacoa en verano.

Recuerdo de una manera bastante dolorosa los momentos en los que, henchida de orgullo, enseñaba mis notas del colegio en casa. Evaluación tras evaluación, aparecía siempre con todo aprobado, y tras pasar por las palabras de alegría y ánimo de papá y mamá, tenía que darme de bruces con el rostro impertérrito y —como mi vecina Paola solía decir—, de estreñimiento de tío Bernardo.

Los notables le parecían mal por no ser sobresalientes, los bienes mal por no ser sobresalientes, y los aprobados —oh, sorpresa—, mal por no ser sobresalientes. Trimestre tras trimestre sentía mi ilusión aplastada bajo una tonelada de reproches. No dejaba que bajase la mirada mientras me hablaba. Un sonoro y aséptico “mírame a los ojos” atronaba en el interior de mi cráneo, seguido por una mirada difícil de sostener. Hacía siempre un gran esfuerzo por no llorar, pese a lo duro que resulta en semejante situación, y lo conseguía casi siempre. Cuando se rompía la tensión y no lo lograba, mamá me rescataba del infierno. Después, en la soledad de mi cuarto, oía alguna palabra de reproche hacia mi tío, pero sabía que en cuanto pasara una nueva evaluación se repetiría todo de la misma manera.

Sólo me dejó en paz —hasta cierto punto— cuando empecé a llevar notas plagadas de sobresalientes, pero incluso así no quedó contento del todo. Bastaba con que hubiera la más mínima anotación sobre mi actitud en clase —reconozco que siempre fui un poco desastre— para que mi tío frunciera el ceño o mostrara su típica mueca de desaprobación.

Nunca le conocí novia, y vive Dios que lo deseaba, confiando en que alguna buena mujer aguantara sus múltiples manías y se lo llevara de esa casa para siempre, pero mis plegarias no fueron escuchadas. Paola bromeaba —o eso creo yo— con que tío Bernardo era el mayor putero del barrio, pero prefería no pensar en eso. A veces me lo imaginaba como esos hombres de las películas antiguas, con un puro en la boca y bañado en colonia “de hombre”, de las que se anunciaban con un tipo cuyos ojos podrían reventar un iceberg groenlandés con sólo mirarlo. Lejos de producirme admiración, tal imagen me causaba una arcada que me costaba contener.

Entre mis pensamientos llegué a la clínica y a su habitación. Nada más entrar, todos —en resumen, papá y mamá— estaban junto a él. Pese al impulso inicial, refrené un conato de sentir lástima, hasta que él, con un hilillo de voz, pidió que nos dejaran solos. Cabizbaja, como siempre que hablaba con él, me acerqué hasta el borde de la cama.

—Me han dicho que te va muy bien.

—Sí, la primera de mi promoción en derecho y desde hace un mes, fiscal.

—No dejes que nadie aplaste nunca ese empuje tuyo.

—¿Lo dices por alguien en concreto? -dije con sorna.

—Mírame a los ojos.

En un enorme esfuerzo que no recordaba tan duro, levanté la mirada y vi su cara llena de lágrimas, y una expresión que en él no conocía: orgullo.

—Ya puedo irme en paz.

Y eso fue lo último que supe de tío Bernardo. El muy mamón volvió a tener la última palabra, y le odio —sólo un poco en realidad— por redimirse en el último segundo.

FIN

Jorge Urreta

(Bilbao, 1974)

Informático de profesión y escritor de vocación.

Finalista en 2007 del VII premio de relato del portal literario *YoEscribo*, con el relato *¿Quién dijo miedo?*

Finalista en 2009 del primer premio *Ovelles Eléctriques*, de cuento de fantasía, terror y ciencia ficción, fallado por el portal literario del mismo nombre, con el relato titulado *El profundo espacio exterior*.

En 2013, Editorial Amarante publica su novela *Decisiones*, una historia de intriga con pinceladas de ciencia ficción

En 2014, Editorial Luhu publica *El año de la hortaliza*, otra novela de intriga con la que obtuvo un gran número de buenas críticas y el calificativo de «Stephen King español».

En 2015, Editorial Última Línea publica su novela *¿Quién dijo miedo?*, nacida de aquel relato con el que en 2008 fue finalista del precio de relato de *YoEscribo*.

Actualmente se encuentra promocionando su última novela mientras repasa otras y colabora con diversas publicaciones y antologías



En CHM tenemos más relatos de Jorge: lee *Los nuevos años oscuros* en *CHM#7* y *Tenemos a Cupido* en *CHM#8*. Y puedes visitarle en <http://www.jorgeurreta.com>

LAS ANCIANAS EN LA COLA DEL SUPERMERCADO

Carlos del B.Iglesias

Deberían ser lugares tranquilos de convivencia, de civismo, donde tú llegas con tu compra, esperas tu turno y pagas. Sin más.

Pero no, hay un colectivo de personas que se empeñan en hacerlo complicado y en imponer su ley: las ancianas.

Ellas van a su ritmo, no tienen horarios y ven las cosas de manera diferente.

Siempre intentan colarse. Suelen colocarse en un lateral, al lado de la cola. Miran al suelo, disimulan, y cuando te has despistado ya las tienes delante poniendo mirada de cordero degollado (que obviamente te impide reclamar tus derechos). Luego están las que te miran desafiantes, como te pueden mirar en cualquier bar de copas a las 3 de la mañana buscando pelea, aunque sea dialéctica. ¡Cuidado!, hay algunas muy hábiles en el manejo del bastón y del andador. Me río yo de Steven Seagal.

No son tontas, esta táctica la usan cuando las colas son muy largas y después de haber observado la situación lentamente.

Otro truco para colarse es el decir “llevo poco”. Pueden llevar 6 cosas y tú una barra de pan, pero cuando te has despistado un poco ya tienes toda su compra en la banda transportadora. Otra vez mirada de cordero degollado. ¿Cómo vas a decir a una señora de esa edad que tiene mucho morro? ¿Quieres ser el macarra del barrio? No.

Luego está esa pregunta trampa: ¿quién es el último? Si contestas lo que te sale de dentro la cagas. Acabas diciendo un “yo” por no decir: “el último, como en todas las filas (aunque nunca las respete), es el que está el ÚLTIMO de la fila”. No tiene misterio, salvo que no se quiera apreciar tal sencillo dato.

Otro detalle es cuando vas a coger una de esas cestitas que hay al lado de caja y que han sido usadas antes de pagar la mercancía. Siempre hay arriba del todo una llena de compra de la adorable ancianita que no piensa que puede joder al que venga detrás. Ella gana 10 centímetros y que a los demás les den por el culo.

No os fiéis de las ancianas, son adorables, pero cuando hay una cola de supermercado cerca mutan en verdaderas soldados de fortuna y hará todo lo posible para conseguir su objetivo: **colarse**.

Cuando salen de ese lugar vuelven a ser achuchables.

CARLOS DEL B. IGLESIAS



Escritor vallisoletano.

Es diplomado en Relaciones Laborales y Técnico superior en Gestión Comercial y Marketing, además de Técnico superior en Prevención Riesgos Laborales.

Ha colaborado en varias revistas culturales, en un libro benéfico llamado "Paratiempo" y ha tenido columna deportiva propia en un diario valenciano "Hoy1click".

En 2010 nace su blog MIS MEDIAS MENTIRAS:

"Una tarde de verano, mientras estaba trabajando en la Costa Brava, decidí que ya estaba bien de hacer escritos para que los leyera mis amigos. No fue por capricho, se casaron todos ese mismo año y tuve que buscar potenciales lectores de mis interesantes pensamientos, por ego y terapia.

A lo tonto, como quien no quiere la cosa, empecé a escribir posts, y aquí estamos, en el 2015 siendo leído por más gente de la que merezco y sin renunciar a mis ideas iniciales que se basan en divertir exponiendo temas que me interesan".

A finales de este año publicará su primer libro.

En CHM tenemos más relatos de Carlos: lee *Ese tipo con barba y traje rojo* en CHM#7. Y puedes visitarle en: <http://mismediasmentiras.blogspot.com.es>

EL INSTANTE ETERNO

Félix Jaime Cortés

— "Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro donde madura el limonero..." Es curioso, pero siempre me han maravillado estos versos de Machado. Por desgracia, mi infancia no transcurrió de forma tan poética. El patio era un cobertizo situado en un barrio maloliente a las afueras de Madrid, a tan escasa distancia de las vías de un tren de cercanías, que hasta el aire crujía cada vez que pasaba este, y el limonero fue sustituido por un mustio rosál, que acabó muriendo a causa de las meadas con las que yo le regaba todos los días.

— Si empieza hablándome de su infancia, esta entrevista puede durar una semana.

— Me importa tres cojones. Lo que a mí me sobra es tiempo.

El sujeto contesta a mis preguntas de una forma rápida, procaz, puñetera. Mientras despanzurro mis bártulos por la mesa, me mira con los ojos entornados, al tiempo que murmura una monserga compuesta por insultos y blasfemias apenas audibles. El suceso ocurrió hace quince años, pero por no perder el hilo le pregunto:

— ¿Cuánto tiempo lleva aquí encerrado?

Se lleva los dedos pulgar e índice a los ojos, y estruja los lagrimales hasta que estos producen un curioso chirrido.

— No lo sé... He perdido la memoria —se mete rápidamente el meñique en la nariz, lo saca, lo observa y se lo introduce en la boca—. Aquí me inflan a pastillas, y todas las noches escucho el sonido que produce mi cerebro al licuarse.

No tendrá más allá de cuarenta años, pero el encierro prolongado, agravado por la sordidez de su historia, le han convertido en una piltrafa. Todavía no entiendo los motivos que han empujado al hijo de puta de mi director a enviarme a remover la mierda de un suceso tan olvidado como este.

— Cuénteme cómo ocurrió todo.

Me mira con ojos cansados. Cansados, y húmedos.

— ¿Todo? Tengo, entonces, que remontarme a mi infancia, a los tiempos en los que mis hermanos y yo salíamos a la calle para robar las miserables judías que ni el alcoholizado de mi padre ni la ninfómana de mi madre nos podían conseguir... Pero usted no puede hacerse una idea de lo que le estoy hablando. Sus manos presumen de una refinada educación, y en su cara no se refleja el rictus que se nos queda a los que hemos pasado hambre.

—Según parece, en el momento de conocer a Teresa Vílchez se acabaron sus sufrimientos.

—Teresa fue lo más importante de mi vida. Sin ella, nada tiene ya sentido.

—¿Cómo la conoció?

—No lo recuerdo... Creo que fue en una comisaría, sentados uno frente al otro, yo con las esposas puestas y ella esperando su turno para presentar una denuncia. También pudo ser a la salida de algún espectáculo, donde acudíamos como moscas los ladronzuelos del barrio para aliviar del peso de sus carteras a la gente. No... No; fue en un parque... El caso es que me enamoré de ella nada más verla, y a ella le ocurrió lo mismo. Aquella noche me llevó a su casa, situada en un elegante barrio residencial. Sin enseñarme el resto, fuimos directamente al dormitorio. Los dos estábamos en celo, y teníamos unos cuerpos de lujo... Sólo interrumpimos la jodienda ocho días más tarde, para casarnos.

—Un flechazo en toda regla, vaya.

—Un hachazo, más bien. Yo vivía como en una nube, sin acabar de creérmelo del todo. A la boda no fue nadie, porque Teresa, que era argentina, no tenía parientes en España, y yo, antes que invitar a algún descastado miembro de mi familia, hubiera preferido suicidarme. Nada más terminar la ceremonia, y para celebrar nuestra luna de miel, corrimos de nuevo al piso de Teresa para seguir follando como locos. Estuvimos tres meses sin salir de casa.

—¿Como se las arreglaban para comer, lavar... Todas esas rutinas?

—Telefoneábamos a empresas especializadas en servicios a domicilio. Teresa, como ya le he dicho, estaba sola en España, y había heredado una fabulosa fortuna en Argentina.

—¿No se aburrían?

—¿Aburrirnos? —me mira con ojos incrédulos y cínicos— Usted está más loco que yo, o no ha probado una hembra en toda su vida. El cuerpo de Teresa no incitaba precisamente al aburrimiento. Destilaba lujuria por todos los poros. Hacíamos el amor dos o tres veces al día, seduciéndonos mutuamente en el rincón de la casa en el que por casualidad nos encontráramos en un determinado momento. Inventábamos situaciones y posturas rayanas en lo gimnástico, hasta el extremo de llegar, incluso, a auto filmarnos y a fotografiar nuestras sesiones eróticas con la peregrina idea de escribir, algún día, una enciclopedia universal del coito. Si no he realizado todavía tan magna tarea ha sido a causa de mi espesa memoria y de las lagunas que me encuentro al escarbar en ella. Usted se empalmaría al ver una sola de las fotografías que hicimos en aquel momento. Por desgracia, me han negado el acceso a ellas... Pruebas del sumario, me dicen... Alguien se la estará pelando a nuestra costa.

—Los médicos le catalogaron, en su día, como una persona que sufría, entre otras cosas peores, de una excesiva necesidad sexual. Un *sátiro*, para entendernos.

—Algo de eso había, sí. Nuestro caso, desde luego, no era del todo normal. No sé de dónde sacábamos las fuerzas para estar todo el día enzarzados como conejos. Nuestros

órganos ardían y rezumaban a todas horas. Recuerdo con nitidez aquella tarde en la que, apoyado en la balaustrada de piedra de la inmensa terraza, vistiendo únicamente un suave batín de seda estampada y un vaso de gin-fizz en la mano, tuve un destello que me heló el alma, al recordar de nuevo los fantasmas de mi juventud, la sordidez de mi infancia, mis años de ratero de tres al cuarto, y la insoportable sensación de impotencia que produce la pobreza. El sol se estaba escondiendo, y siempre me he sentido triste en ese momento. Cuando noté de nuevo el roce de la seda sobre mi cuerpo comprendí que todo aquello había terminado, y tuve una incontenible erección al tiempo que sentía cómo se me ponía toda la carne de gallina. Teresa, que tenía la rara habilidad de oler la excitación, llegó en aquel momento y me abrazó por detrás. Hicimos el amor agarrados a la barandilla, con rabia, clavando el uno las uñas en el cuerpo del otro. Nunca he vuelto a sentir un placer como el de aquella tarde.

El entrevistado, de repente, guarda silencio. Levanta la vista y observa la curiosa decoración de las paredes de su celda, consistente en un sinfín de rostros de distintos tamaños dibujados a carboncillo, en los cuales no existen ojos, nariz, pelo ni ningún otro rasgo... Únicamente una boca; una bonita y curiosa boca de mujer, con una enigmática sonrisa.

—No veíamos la televisión, ni leíamos los periódicos. De vez en cuando, de madrugada, Teresa sintonizaba una emisora de radio en la que emitían un programa, "El umbral de lo imposible", que se dedicaba a recoger llamadas de personas que hubieran tenido alguna experiencia paranormal. Teresa llegó, incluso, a telefonar un par de veces, para relatar unas curiosas experiencias de sonambulismo que había tenido de pequeña. Yo acostumbraba a burlarme de ella. Nunca he creído en esas cosas.

—¿Cómo se produjo el suceso?

—A los tres meses de estar encerrados emprendimos un viaje en el coche de Teresa, para recuperar fuerzas y oxigenarnos. Recorrimos Cantabria, Asturias... Parábamos de vez en cuando para hacer el amor, y nos alojábamos, al llegar la noche, en el primer hotel, fonda o antro que se cruzara en nuestro camino, por muy cochambroso que fuera. Una tarde, camino de Santiago por una carretera comarcal de mala muerte, a Teresa le entraron unas terribles ganas de mear, por lo que me vi obligado a parar en un ensanchamiento del arcén, al lado de un cruce con una indicación en la que se leía "A la cruz negra, 1 km". Teresa bajó como pudo la profunda cuneta, y se introdujo unos metros entre los árboles. Yo salí del coche, encendí un cigarrillo, y me apoyé en el capó para escuchar tranquilamente el sonido de las copas de los eucaliptos al ser movidas por el viento. El sol se estaba poniendo, y en un determinado momento, el aire dejó de soplar. Aquel silencio repentino me produjo una extraña sensación. Tiré el cigarrillo, bajé por la cuneta, me acerqué despacio a Teresa, y cogiendo una enorme piedra con las dos manos, le asesté con ella un golpe que le reventó la mitad trasera de la cabeza. Ella se

volvió herida de muerte, y antes de caer de espaldas como un fardo, me miró con esta extraña sonrisa que nos rodea, y que me ha perseguido durante el resto de mi vida.

—¿Por qué lo hizo? Nadie ha podido explicar todavía los mecanismos que le indujeron a cometer un crimen tan absurdo.

—Ni yo mismo lo sé. Simplemente estaba allí, en aquel momento... Y dejé de escuchar el viento. En aquella época era completamente feliz, y tal vez intuí, de repente, que nuestra relación, tarde o temprano, tenía que terminar. Me vi obligado a eternizar aquel instante, que nunca volvería a producirse. La única manera de hacerlo era acabar con la vida de Teresa.

Durante unos segundos permanecemos en silencio.

—¿Qué ocurrió después?

—Nada. Arrastré el cuerpo hasta el borde de la cuneta, donde el terreno era más blando. Excavé un hoyo con las manos, desnudé a Teresa, y la enterré allí mismo. No existía la posibilidad de que me vieran desde la carretera, que estaba por encima de mi cabeza, pero tampoco me hubiera importado mucho. Después llegué al hotel que previamente habíamos concertado desde Oviedo, me duché y me acosté. De madrugada llegó la policía, comprobaron mi documentación, y me detuvieron. Me llevaron al cuartelillo, y cuando amaneció nos trasladamos al lugar del crimen. El cadáver estaba desenterrado, y al llegar junto a él, me preguntaron si lo identificaba como el de Teresa Vílchez. Dije que sí, y los policías siguieron con su trabajo, tomando huellas y fotografías. De pronto tuve un impulso, y dando un puñetazo al individuo que me tenía sujeto, me arrojé sobre el cuerpo de Teresa, con la inequívoca intención de hacer el amor con ella. Este acto, según me dijeron después, es el que indujo al juez a encerrarme de por vida en este manicomio. En el lugar se habían congregado ya bastantes curiosos, vecinos de un pueblo cercano, y al pasar por delante de un hombre esmirriado, me escupió a la cara. Después me enteré de que el muy mamón se hizo rico a mi costa, vendiendo folletos que contaban el suceso a los domingueros que acudían todos los días al cruce de la cruz negra.

—El morbo de la gente es insaciable.

—Gracias a eso viven ustedes. Escoja un pueblo anodino, sin historia. Cometa usted un crimen... Y ese pueblo será famoso para siempre. La mente humana está podrida, y solo reclama su ración de mierda diaria. La historia de nuestra especie se ha forjado a base de sangre. En vez de escupirme, deberían haberme nombrado hijo adoptivo de aquel villorrio.

La entrevista está llegando a su fin. Siento deseos de herirle un poco.

—A pesar de ser usted un barriobajero y un asesino, se expresa como un poeta.

No se ofende. Con una sonrisa resignada me replica:

— Al principio le dije que lo que me sobra es tiempo. He leído más libros que los que usted y sus hijos podrán leer en toda su vida.

Después de algunos minutos, el entrevistado empieza a observarse las uñas nerviosamente. A mi llegada me han advertido acerca de este momento, recomendándome que dé por terminada la conversación. Recojo mis notas y salgo despacio, mientras mi interlocutor se dedica a canturrear. Me dirijo al despacho del doctor que le ha atendido durante todos estos años. Me recibe con una abierta sonrisa, al tiempo que me invita a sentarme en un cómodo sillón.

— ¿Que tal ha ido? ¿Ha sacado algo en claro?

— Nada que no se sepa ya. Este caso está cerrado, y ya huele a rancio. ¿Conserva usted todavía la cinta de la llamada?

— Por supuesto.

Se levanta, coge un radio casete situado en lo alto de una estantería, y lo trae a la mesa. De uno de los cajones de ésta saca una cinta en la que se lee "El umbral de lo imposible". Mientras realiza los preparativos para escucharla, me dice:

— Esto es lo más curioso del caso. Imagine usted la sorpresa de la policía al recibir cientos de llamadas informando de la ubicación de un cadáver. La cinta nos la regaló un radioyente que grababa el programa todos los días.

Los dos escuchamos atentamente la voz del presentador.

— *Vamos de nuevo con otro oyente. ¿Desde dónde llama, por favor?*

Nadie contesta. El locutor repite la pregunta.

— *¿Quién llama, por favor?*

Al momento se escucha, lejana, lenta y gutural, una voz de mujer con inconfundible acento argentino:

— *Me llamo Teresa Vílchez. Mi marido se aloja en la habitación doscientos trece del hotel Nubes, en Santiago de Compostela. Esta tarde, después de asesinarme, ha enterrado mi cuerpo al pie de la indicación de la cruz negra, en la carretera a Santiago. Dense prisa, por favor. Tengo frío...*

FÉLIX JAIME CORTÉS



Nació en Madrid en 1961. Terminó los estudios de Arquitectura Técnica en 1987, profesión que le ha proporcionado el sustento desde entonces. Es viudo y tiene un hijo de diecisiete años.

Lee, desde que tenía uso de razón, todo lo que caía en sus manos, desde los cuentos de Andersen hasta el clásico *TBO*, revistas como *Strong*, *Trinca*, *Pulgarcito*, e incluso el suplemento de historietas de los periódicos. Recuerda con auténtico placer un libro ilustrado que terminó desencuadernándose a base de manosearlo, "Las aventuras de Ulises", que le descubrió un nuevo mundo, el del arte de contar, que no ha sido capaz de abandonar desde aquel momento.

Comenzó a escribir a finales de los setenta, tras leer "Cuentos de la taberna del ciervo blanco", de Arthur C. Clarke, uno de sus escritores de referencia. Un par de relatos nefastos, mal escritos, que leyó una tormentosa tarde a un par de amigos. A punto estuvieron de dejar de serlo al escucharle.

No ha parado de leer ni de escribir desde aquel momento. Por razones de trabajo, ha tenido la suerte de vivir sólo durante largas temporadas en ciudades tan emblemáticas como Santiago de Compostela, Murcia o Ávila. En todas ellas llenaba sus tardes sin la familia leyendo y escribiendo.

Escribir es, junto con la lectura, las únicas actividades que realiza en las que no tiene la sensación de estar perdiendo el tiempo. Escribe por una necesidad casi fisiológica, cuando una idea le golpea en su interior pidiendo salir a la luz. Escribe por el placer de documentar lo que escribe, de contar lo que ha visto y ha vivido. Ha escrito también durante una larga temporada como válvula de escape, para exorcizar con su mundo irreal los fantasmas que le atenazaban día a día en el real. Escribe porque necesita compartir sentimientos, emociones, dudas, sensaciones... Y lee para absorber como una esponja los conocimientos, pensamientos y experiencias de otras personas que tuvieron y tienen la misma necesidad imperiosa de expresar su calidad de ser humano. Como decía Borges, "me enorgullece más lo que he leído que lo que he escrito".

Ha ganado algún concurso de relatos, y ha quedado finalista en varios concursos de novela y de novela corta. Eso le anima a pensar que no debe de hacerlo tan mal.

En CHM tenemos más relatos de Félix: lee *Cuestión de marketing* en CHM #2, *La erótica del poder* en CHM#3) y *El hombrecito azul* en CHM#6); y puedes visitarle en: <http://impresionesdefelix.blogspot.com.es/>

San Jorge y el T-Dragón

Bombi Charmer

Los habitantes de Lydda comenzaban a estar preocupados y la alarma llegó hasta el rey, pues una mansión de negros muros parecía haber aparecido de la nada a varios kilómetros de la ciudad. En su interior se escuchaban atroces gruñidos que, junto al crepitar del fuego, conformaban una estampa tétrica y maligna.

Todos hablaban del dragón que habitaba la enorme mansión de color azabache, construida junto al arroyo que abastecía de agua la ciudad. Ésta, hasta el momento, había sido próspera, no se veían en ella mendigos ni pobreza. La necesidad no traspasaba sus puertas.

Un día, las aguas dejaron de fluir y los habitantes de Lydda acudieron a su rey reclamando el restablecimiento del suministro.

- Señor, has de enviar a un rudo guerrero para que el dragón acceda a devolvernos el cauce del arroyo.
- Enviaré una patrulla. Ese ser ha de saber con quién se enfrenta, mas no permitiré que acose mi ciudad ni un minuto más.

Treinta aguerridos soldados marcharon con dirección a la mansión del dragón dispuestos a obligarle a devolver el cauce del arroyo. Ninguno de ellos conocía la derrota ni la humillación y se encaminaron seguros de la victoria. Sus armaduras relucientes alumbraron los campos camino del viejo bosque donde se ubicaba la oscura fachada, mientras los ciudadanos lo celebraban tras las murallas.

Al llegar solo encontraron silencio. Las ventanas anunciaban una oscuridad que rivalizaba con los negros muros de piedra que adornaban la fachada. El capitán de la guardia se apeó con ligereza de la montura para llamar a la puerta. Dudó antes de hacerlo, pero una mirada a la tropa, que aguardaba expectante, le obligó a golpearla con energía.

- Ah de la casa. La guardia de Lydda exige que abráis.

Un rumor respondió a la llamada. Al principio imperceptible, en aumento después. Los soldados se miraron unos a otros con aprensión. Ninguno tenía experiencia con dragones. Los caballos se quejaron bajo sus valientes culos y todos bajaron los yelmos. Un brillo anaranjado comenzó a iluminar las ventanas del piso bajo anunciando que el amo de la mansión se mostraba dispuesto a aparecer.

Las puertas se abrieron con un golpe sordo, despidiendo fuego en abundancia, objetos que despedían chispas y explotaban al llegar a la altura de las monturas. Éstas se encabritaron con el estruendo, desmontando a los jinetes, que cayeron con estrépito sin poder ver a causa de la humareda. El capitán, que se había llevado la peor parte, huyó gateando de la puerta cuanto pudo, sin posibilidad de ver dónde se encontraban sus hombres, muchos de ellos caídos y con problemas para recuperarse del golpe. Una voz estruendosa se levantó por encima del caos existente.

- ¿Osáis venir a exigirme a mí, estúpidos lacayos humanos? ¿A mí, que vivo desde tiempos inmemoriales? Sois como hormigas bajo una bota, como el plancton en boca de una ballena. ¿Acaso queréis fenecer aquí mismo o esperáis volver con vuestras familias?

Todos temieron el terrible poder del dragón que habitaba la casa. A nadie importó, en ese momento, sufrir o no una derrota, sino la supervivencia ante un ser como aquel. El capitán intentó hacerse oír con la poca voz que pudo rescatar de su garganta.

- Ver a nuestras familias, oh terrible morador de la casa.
- Entonces escuchad bien lo que os voy a decir. Cada tres días, me enviaréis un animal de la ciudad para que pueda comer, alternando vacas, ovejas y cerdos. A cambio, permitiré que el agua del arroyo os llegue. Si no lo hacéis, seré yo quien os visite, y no dudaré en reducir a cenizas vuestra miserable ciudad con vuestras familias dentro. No lo olvidéis. Marchad ahora, antes de que me arrepienta.

Todos y cada uno de los guerreros huyeron despavoridos por el mismo camino por el que minutos antes montaban gallardos y orgullosos sus caballos, ajenos a la sonrisa jocosa del ser que moraba en el tenebroso caserón. Al llegar a la ciudad, expusieron al rey el enorme e invencible poder del dragón, así como sus exigencias. El monarca, temiendo que su real culo acabara chamuscado, accedió sin miramientos. De esa forma, cada tres días, un emisario conducía un animal de granja hasta la puerta del dragón, huyendo después cuan rápido era hasta Lydda.

Con el paso del tiempo, la próspera ciudad comenzó a sufrir escasez de animales. La leche y la carne tuvieron que racionarse y el rey decidió enviar al capitán de la guardia con objeto de que negociara con el dragón.

- Majestad, ¿por qué yo?
- Gánate el sueldo que te pago, inútil. Ya que no puedes proteger la ciudad, que al menos sirvas para algo.

El pobre oficial de la guardia anduvo el camino cabizbajo, temiendo la reacción del dragón. Llamó a la puerta y se alejó unos metros. Esta vez, la cancela se abrió despacio. Las tinieblas reinaban tras ella. Una voz familiar se escuchó poderosa.

- ¿Qué deseas, que apareces con las manos vacías ante mí?
- Señor, me envía mi rey para intentar negociar los términos de vuestras exigencias, pues nuestro pueblo comienza a sufrir escasez de animales.
- ¿Y qué deseáis traerme a cambio si no son animales? ¿Lechuga y puerros?

Una carcajada escalofriante puso el vello del guerrero de punta.

- ¿Qué otra cosa podéis desear, señor?

Un silencio que estremeció hasta a los árboles cercanos se adueñó de la escena. Cuando la voz lo rompió, el capitán recobró la respiración.

- Bueno, dejaremos de lado el tema de la comida. Me apetece compañía. Decidle a vuestro rey que me envíe a su hija, la princesa. A cambio os dejaré una temporada en paz para que vuestros animales se repongan.
- Señor, no sé si el rey accederá a esa petición.
- Él mismo. Dile que, si no está aquí mañana, iré yo a buscarla.

El guardia regresó sobre sus pasos con más aprensión de la que llevaba cuando acudía a la guarida del dragón. Al transmitir el mensaje al monarca, aquél se puso como una fiera.

- Ni hablar. No pienso ceder a mi hija a un monstruo como ese.
- Pero majestad, si no lo hace, arrasará la ciudad y morirá de todos modos.

La noticia corrió por la ciudad como la pólvora y sus habitantes se arremolinaron frente al palacio del rey exigiendo el sacrificio de la princesa. La presión se hizo insostenible y, así, al amanecer, el capitán volvía a recorrer el camino a la guarida del dragón, esta vez conduciendo las riendas del caballo que portaba a la dama. Llamó a la puerta, que se abrió al instante.

- Pasad, bella damisela. Os estaba esperando. Por cierto, que el caballo se queda. Tú regresas andando.

La abertura se cerró en cuanto ella la atravesó.

En el mismo momento, otro guerrero anunciaba su llegada a la ciudad exigiendo audiencia con el rey. Se trataba de Jorge de Capadocia, cuya fama de invencible traspasaba fronteras y que había sido reclamado meses antes por el monarca. Fue conducido con celeridad a palacio.

- No podéis llegar en mejor momento, bravo guerrero. Necesito de vuestra habilidad con la espada de inmediato.
- Decidme qué os aflige, señor, y yo le pondré remedio, aunque sabéis mi precio no es barato. Vuestro emisario me habló de algo así como la mitad de vuestro reino.
- Y estoy dispuesto a dáoslo si nos libráis del dragón que nos atormenta. Hoy, sin ir más lejos, nos ha obligado a cederle a nuestra princesa.
- ¿Princesa? Yo la rescataré encantado, sin renunciar al pago, claro está.

Inmediatamente fue conducido a las inmediaciones de la guarida del terrible ser, donde aguardaba su contrincante. Llamó a la puerta con estrépito.

- ¡Abrid a Jorge de Capadocia o ateneos a las consecuencias!

La puerta se abrió con lentitud tras unos interminables segundos. De ella surgió una figura de más de dos metros de altura, cubierta con una túnica negra que llegaba hasta el suelo y una gran capucha que ocultaba su rostro.

- ¿Quién decís que sois? ¿Jorge de qué?
- De Capadocia. Mi fama no conoce límites. Exijo que liberéis a la princesa y os marchéis de este lugar. Si no, me veré obligado a acabar con vuestra vida y la de vuestro señor, el dragón.
- Ya. ¿Algo más?
- ¿Cómo que si algo más? ¿Ignoráis mi advertencia? Entonces me veré obligado a...

El poderoso guerrero desenfundó su espada con intención de abatir al encapuchado, pero éste fue más rápido. El primer revés, capaz de derribar un muro, envió a Jorge contra el tronco del árbol más cercano, que estaba a unos quince metros. Aún así logró levantarse con la vista nublada, el yelmo de lado y las piernas torcidas.

- ¿Algo más?
- Sí, miserable monstruo. Acabaré contigo.

De forma penosa avanzó hacia la entrada de la casa, donde recibió otro empujón parecido que le dejó tumbado boca arriba sin saber el día que era. Una mano con garras afiladas le izó del suelo como si se tratara de una lechuga. Cuando recobró la consciencia se encontraba en el interior de un gran salón de piedra en el que un hombre verde estaba sentado junto a una chimenea fumando en pipa.

- ¿Quién? ¿Qué?

- Soy tu dragón si prefieres verlo así. Mi nombre es Eustaquio y soy un Tiranosaurio. Algo que ni sabes lo que es, pero de los que soy el último. Te he traído para que hablemos, aunque si mantienes tu intención de matarme me obligarás a tomar otra decisión.
- ¿Y la princesa?
- En su cuarto tan tranquila. ¿Qué esperabas? Los primeros días le costó hacerse a mi figura, como todos, pero ahora no quiere irse.
- ¿Y por qué castigas a la ciudad?
- Verás, llevo siguiendo a la humanidad desde que existe y la conozco bien. Lydda es un pueblo próspero, pero tacaño y desleal con los suyos. Rechaza a todos los viajeros que llegan a sus puertas, a no ser que sean comerciantes o con riquezas. Expulsa a los desfavorecidos y no admite que nadie pobre cruce su entrada. Tras esta casa moran más de quinientas personas que, hasta hace un tiempo, estaban hambrientas. Todo cuanto exigí a Lydda fue para ellos. Ahora viven en sus propias casas y comen. Nadie osa acercarse a esta zona a molestarles ni expulsarles. Viven en paz. Digamos que expolié a los ricos para dárselo a los pobres.
- Y ¿si no eres un dragón cómo hiciste lo del fuego que me han contado?
- ¡Ah, eso! Con pólvora. Algo que descubrí en mi último viaje a oriente. Es fácil de hacer.

El guerrero se quedó pensativo.

- El problema es que prometí matarte y rescatar a la princesa. El rey me prometió la mitad de su reino.
- Sin problema. Ya me he cansado de estar aquí. Nunca me quedo en el mismo lugar mucho tiempo.
- Entonces... ¿te irás?
- Si me prometes tomar esta parte del reino y proteger a los que aquí habitan, me marcharé. Tú puedes decir que me mataste e incineraste mi cuerpo. Regresas con la princesa y te conviertes en héroe. Es justo, ¿no?

Jorge asintió de inmediato. No podía creerse que la suerte le sonriera de esa forma.

Eustaquio cogió un bulto que ya tenía preparado y se dirigió con paso seguro hacia el guerrero.

- Si no cumples con tu palabra volveré.

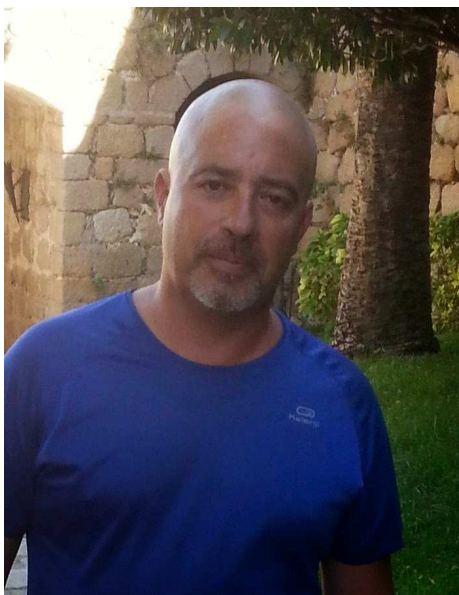
El otro tragó saliva, mientras observaba como el viejo Tiranosaurio se dirigía a la puerta y la abría. Antes de salir, volvió el rostro hacia el guerrero.

- ¿Algo más?
- No señor. Que tenga buen viaje.

Y así fue como se desarrolló la historia que dio origen a la leyenda de San Jorge y el dragón. Una historia que llega hasta nuestros tiempos, de princesas, dragones y caballeros; pero cuyo verdadero protagonista no ha trascendido. El Tiranosaurio que a todos nos observa.

Bombi Charmer

Adrián González de Luis es un madrileño nacido el 15 de marzo de 1965. Casado y con dos hijos, comenzó a escribir con 45 años. Tiene publicadas dos novelas: “Hijos de Lemuria” y “La última canción”, englobadas en la serie “Verlía”. Posee multitud de relatos publicados en las revistas *Renovación*, *Gealittera* y *Chorrada Mensual*, con las que sigue colaborando.



En CHM tenemos más relatos de Adrián: lee *La mollerusa* en CHM#1, *Polvo oscuro* en CHM#2, *Baldito mastardo* en CHM#3, *El primer hombre sabio* y *Tangelov* en CHM#4, *El sabio vascón* en CHM#5, *Sanguino* en CHM#6, *El gran lapón* en CHM#7 o *Tiselda la cautiva* en CHM#8 y, bajo el alias Nadie Anónimo Pérez, *Una visita inesperada* en CHM#6, *La descapullación de los cigarros* en CHM#7 o *Ventanas verdes* en CHM#8. Y puedes visitarle en:

<https://www.facebook.com/adrian.gonzalezdeluis/>

Bombi & Charlie

Adrián y Carlos (su bio en pg.15) se conocieron en el Instituto de Fuenlabrada en 1980. Inmediatamente congeniaron y comenzaron a colaborar en todo tipo de actividades creativas, incluyendo un grupo de rock (The Charmers) y el primer fanzine de la localidad –mientras nadie demuestre lo contrario-, *Chorrada Mensual* (1982), del que lanzaron 4 números a razón de 30 ejemplares mensuales.

Treinta y cinco años después, sin que la madurez que dan las canas y tener hijos mayores de edad a los que avergonzar les arredre un ápice, persisten en su afán de ridiculizarse en público y martirizar al prójimo con sus paridas sin que las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado hayan sido capaces todavía de poner fin a tan nocivas inclinaciones.

Si les ven por la calle, hagan como que no les conocen.

En CHM hemos publicado algunos relatos escritos a cuatro manos por ambos: lee *La vuelta al mundo de dos reporteros* o *Sodium* en CHM#1-2, *Pero, ¿qué haces tú aquí, metido dentro de una explosión nuclear?* en CHM#3, *Crónica de las guerras miedicas* en CHM#5 y *Villancico marciano* en CHM#7; y también algunos cómics con guión de Adrián y dibujos de Carlos: lee *La conexión* en CHM#1, *Lluvia negra* en CHM#2, *Duerme, duerme tranquilo* en CHM#3, *Magia en la selva* en CHM#4, *Por ellos* en CHM#6 y *Amor de bolsillo* en CHM#8.